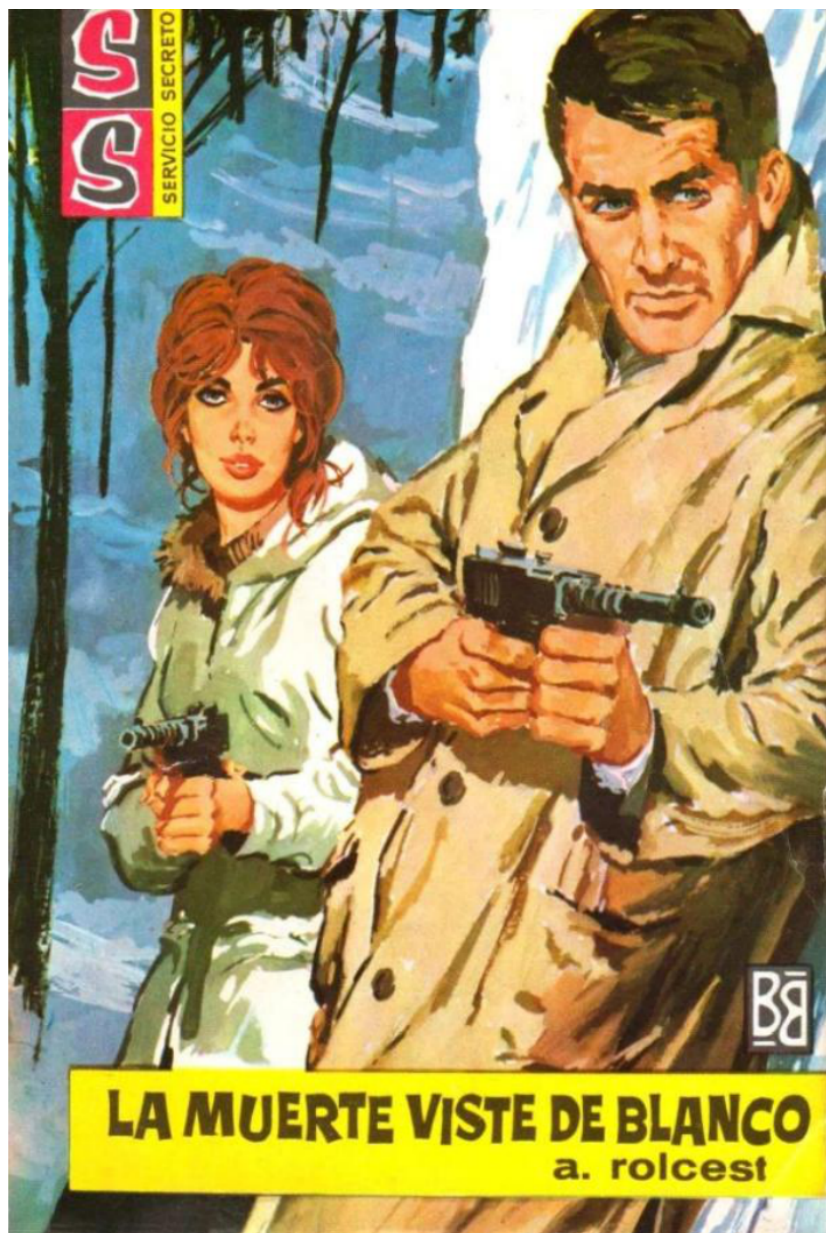


SS
SERVICIO SECRETO



BB

LA MUERTE VISTE DE BLANCO

a. rolcest

LA MUERTE VISTE DE BLANCO

A. ROLCEST

LA MUERTE VISTE DE BLANCO

1.ª EDICIÓN

JULIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 12867 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© A. ROLCEST - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1942/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

755. - La prueba del fuego.

En Colección BUFALO:

431. - Cesó la tregua.

En Colección SERVICIO SECRETO:

614. - La ofrenda del diablo.

En Colección PANTERA:

78. - Honderos de fuego.

En Colección TEXAS:

258. - Horas sin ley.

En Colección CALIFORNIA:

290. - El as negro.

En Colección COLORADO:

237. - La carrera del caballo muerto.

En Colección KANSAS:

187. - La horca puede esperar.

En Colección ASES DEL OESTE:

140. - Bajo el signo del odio.

En Colección BRAVO OESTE:

75. - El rodeo de Gerkel.

La MUERTE viste de BLANCO

por **A. ROLCEST**



CAPÍTULO PRIMERO

Los que vieron pasar los dos coches por la aldea, camino de la frontera, sonrieron, sabiendo que pronto estarían de regreso, rechazados por la nieve.

Hacía ya dos días que la carretera estaba interceptada. Los que iban en los dos coches no podían alegar ignorancia, pues habían tenido ocasión de leer varios avisos en el camino.

Ya era de noche cuando los dos vehículos se detuvieron. Podían seguir unos cuantos kilómetros, pero no parecía ser lo difícil del camino lo que les había impulsado a detenerse.

Fuera de la carretera, perdida entre los árboles, había una cabaña en cuyas ventanas se veía luz. Los dos coches habían quedado en sentido transversal, de cara a la cabaña. Y encendieron los faros, para apagarlos en seguida.

Esta operación la hicieron varias veces, hasta que desde las ventanas repitieron el mismo juego, de apagar y encender la luz.

Entonces, uno de los que se habían apeado del coche se decidió a avanzar hacia la cabaña, seguido a distancia por los compañeros.

La puerta de la cabaña se abrió y apareció un hombre de barba descuidada, que vestía ropa de mucho abrigo, pero de poco lujo, como cualquier hombre pobre de aquella zona alpina.

El que estaba en la cabaña representaba unos cuarenta y cinco años. El que se acercaba, y que vestía ropa de mucho coste, tendría unos treinta años. Era de mediana talla, muy ancho de hombros.

Se retiró el que estaba en la puerta para dejar paso y el tipo que vestía buena ropa, al llegar al umbral, vaciló, mirando al interior.

—¿Qué ocurre, Saurie? —preguntó con un francés en el que se advertía un leve acento yanqui—. Puedes entrar. ¿Es que dudas de mí y de la consigna?

Esto último lo preguntó en tono de broma. El recién llegado sacudió los hombros, como si le acometiese un escalofrío, miró

alarmado al de la barba descuidada, y en seguida forzó una sonrisa.

—¡Hay para temerlo todo, señor Kiebel!...

El de la cabaña fue quien ahora hizo el estremecimiento. Miró con dureza al recién llegado.

—¡Ese nombre, Saurie!... ¡Le dije!...

—¡Perdone, señor «Miles»! Se me escapó...

—No había por qué. Desde que nos conocemos, siempre me ha llamado «Miles». ¿Por qué utiliza el que nunca ha pronunciado?

El visitante pareció azorarse.

—¡Es por el mismo miedo a que se me escape, en los momentos más inoportunos!... Sobre todo, cuando estoy en presencia de su hija, señor «Miles»...

El rostro del que vestía pobremente se enterneció.

—¡Mi pequeña Kery!... ¿Se acuerda de mí?

—¡Qué pregunta! ¡Habla usted de Kery como si se tratase de una niña!...

—Para mí sigue siéndolo... En cuanto a que se acuerde de mí, usted sabe muy bien lo que quiero decir. Acordarse de uno para odiarlo, o sentir aversión, es peor que el olvido.

—Su hija le recuerda con cariño, señor «Miles». Y está dispuesta a dejar todo para salir tras de usted...

—¡Eso, no! ¡Que no abandone la empresa!... ¿Qué conseguiría? ¡Que la salpicara mi barro!... ¡Ella no tiene por qué arriesgar nada por mí! ¡Ella es una francesa! Lleva el apellido de su madre y no tiene por qué sacrificar nada por un hombre tan lleno de taras como soy yo. ¿Entendido, Saurie? ¡Usted la convencerá de que lo mejor que puede hacer por mí, es seguir al frente de la fábrica, y renunciar a gestos que no conducirían más que a complicar mi situación!...

—Lo comprendo, señor «Miles». Y esté convencido de que hago todo lo que puedo para que su hija renuncie a eso que yo también considero una locura. Nuestra empresa no sería nada sin Kery. Vale mucho su hija... Pero por ello mismo, resulta muy difícil de manejar. Tiene una personalidad muy acusada... Nos arrolla a todos...

El rostro de «Miles», de facciones rudas, iba perdiendo dureza. Los ojos grises, iban humedeciéndose.

—Su madre también era de una gran personalidad. A su madre

se debe que yo quisiera borrar que durante un maldito período de mi vida me llamé Kiebel.

Se sentó, colocando los brazos sobre la pequeña mesa que había en el centro de la cabaña. La puerta había sido cerrada.

—Parecía haberlo conseguido —siguió el hombre de la barba descuidada—. Todavía sigo sin comprender cómo ha podido averiguarse...

—¡Señor «Miles»! —se apresuró a decir Saurie—. La policía de su país tiene buena memoria...

—¡Estoy seguro de que no ha sido la policía! —rechazó «Miles», con repentina furia.

—Lo que yo he averiguado...

«Miles» se levantó. Era muy fuerte, tanto como Saurie. Lo cogió del pecho. Tan juntos quedaron, que los dos pudieron darse cuenta de que ambos llevaban armas bajo la ropa.

—¡La policía, no! ¡Le digo que no!... Durante la guerra hice méritos para que mis faltas de juventud se borrarán. Hice en Francia lo que muchos jefes de la Resistencia no se atrevían ni a soñar... ¿Me entiende usted?

Lo soltó. Saurie, tras una pausa, fue sonriendo y recobrando el color.

—Yo no puedo sentirme aludido, señor «Miles»... Durante la guerra yo era un niño.

—No lo he dicho por molestar a nadie —contestó el otro, ya apaciguado—. Pero quiero dejar bien sentado de una vez para siempre, que la policía no ha desempolvado hechos que a estas alturas resultan ridículos...

—¡Por Dios, señor «Miles»!... —rió Saurie, sin poder contenerse—. ¡Llama usted «hechos ridículos» a la desaparición de medio millón de dólares, robados a un Banco de su país!...

«Miles» estuvo unos momentos mirando a Saurie, con los ojos entornados.

—¿Sabe la cifra, Saurie?...

—¡Vamos, señor «Miles»! La publicaron los periódicos de todo el mundo por aquellas fechas...

—¿Y usted ha perdido el tiempo en ir a los archivos?...

—Usted me encargó...

—¡Sabe que no es eso lo que le pedí! Ya le hablé de que se había

producido un atraco en un Banco... Le dije que en juego había una importante cantidad. Eso debió bastarle...

Saurie puso cara de condolencia.

—¡Oh, señor «Miles»! No me he explicado bien... Si yo miré los periódicos fue porque usted me dijo que casi toda la banda fue exterminada.

—Así ocurrió... Y casi todo el dinero, recobrado por la policía... Esto se lo digo por si usted piensa que ese botín me lo traje yo a Francia.

Saurie enrojeció.

—¡No sé qué tiene usted contra mí, señor «Miles»! Nunca me ha tratado como esta noche... Yo sé muy bien que todo el capital de que usted disponía estos últimos años, provenía de su esposa. ¡Cómo no! La empresa siempre ha estado ligada al apellido Bardin... El averiguar en los periódicos de aquellas fechas era para saber quiénes habían caído en la refriega, y quiénes fueron a la cárcel o consiguieron escapar...

—Eso pudo preguntármelo a mí.

—¡Pero usted podía estar confundido!...

«Miles» hizo una mueca sardónica.

—¿Usted cree que se puede olvidar una cosa semejante?

Saurie lo miró por primera vez con gesto de triunfo.

—¡Pues lo olvidó, señor «Miles»!... Usted creía que los dos únicos que habían conseguido escapar, además de usted, murieron en la guerra.

—Y así es. Estuvieron conmigo en algunas acciones de comandos...

—¿Recuerda sus nombres?

—Grover y Wood —contestó, rápido.

—¿Nunca le dio a entender ninguno de los dos que estaban en contacto con uno que había sido condenado a cadena perpetua?

Tras un silencio, «Miles» declaró, muy lento, pero enérgico:

—No ha habido ningún condenado a cadena perpetua. Hubiera ido a la silla eléctrica... NO HUBO CONDENADOS.

La firmeza con que le miraba, hizo que Saurie esquivara sus ojos.

—Como quiera... Pero mis informes son que uno de los dos, Grover o Wood, se carteaba con un condenado. Y hablaban de

usted, de sus amoríos con una dama francesa...

Saurie se volvió hacia la puerta, la abrió un poco, como para mirar si había alguien cerca y volvió a cerrar.

Al colocarse de nuevo de cara a «Miles» se encontró a éste de pie, con una mano metida en la abertura del chaquetón, en actitud de estar prevenido contra cualquier ataque que pudiera venir de fuera.

—No se preocupe, señor «Miles»... Me acompaña gente de confianza.

«Miles» iba a replicar, mordaz, que la gente que él consideraba de «confianza», no podía ser una garantía para los que se encontraban en la situación de «Miles».

Pero optó por disimular, por parecer que se confiaba, para ver a dónde llegaba Saurie.

—Y bien: Admitido que mis dos viejos compañeros, Grover y Wood, o uno de ellos, estuviera carteándose con otro viejo camarada, a espaldas mías. ¿A dónde quiere llegar con eso?

—A que ese hombre ha salido de presidio. Y a que es él, sin ninguna clase de duda, quien ha dado a usted el alerta. El error fue que usted decidiera desaparecer...

—Me lo aconsejó usted, Saurie.

—¡Es cierto, es cierto!... Pero yo entonces ignoraba mucho de este asunto. Por delicadeza, no quise entrar en detalles... Fue un error. Todo el tiempo que usted ha estado lejos de París, y de su hija, ha sido interpretado por el individuo como que usted trata de esquivarlo, para no entrar en negociaciones...

—¡Negociaciones!... ¿De qué clase?

—Pues...

«Miles» saltó del asiento, como impulsado por un poderoso resorte.

—¡Chantaje..., apoyado por usted, Saurie! ¡Todo es una maniobra suya!...

Saurie dio unos pasos atrás. Palideció.

—¡Señor «Miles»!...

—¡No! ¡Ahora soy Kiebel! ¡Reg Kiebel, el *gángster*....! ¡Ahora lo soy! ¿Por qué cree que he aceptado reunirme con usted en esta cabaña?...

Afuera llamaron, dando unos precipitados golpes.

—¿Qué? —preguntó Saurie, en un alarde de valor para impresionar a «Miles».

Le había vuelto la espalda.

—¡Patrulla fronteriza! —dijeron desde fuera.

Saurie soltó una maldición.

—¡Usted eligió esta zona, «Miles»! —exclamó, poniéndose cara a él.

—¡Claro que sí! ¡Es la más frecuentada por los contrabandistas! ¡Aquí estoy en mi elemento!...

—¿Su elemento? —Saurie se transfiguró en una fiera que ventea sangre fresca—. ¡También el mío!... ¡Mi gente sabe que...! ¡Ahora!... —Esto último fue dicho en un grito salvaje.

La puerta se abrió, volcando una tromba de fuego. Habían entrado cuatro individuos, ya con las armas vomitando plomo.

«Miles» se había dejado caer, aun antes de ver las bocas de fuego.

Saurie sólo hizo un disparo con su pistola, dirigido a la cara de «Miles». Vio un estallido de sangre y emprendió la retirada.

Desde el suelo, «Miles» fue disparando su pistola contra los que iban replegándose, en huida. Dos cayeron muertos.

Los otros dos rociaron con las metralletas las paredes de la cabaña. Uno de los proyectiles tocó la lámpara y la rompió.

Por unos segundos la cabaña pareció apresar a un relámpago. Todo era una luz convulsa. De pronto, se extinguió.

Afuera corrían sobre la nieve Saurie y los dos individuos que hicieron las últimas descargas. Los coches aguardaban con los motores en marcha, ya enfilando el camino de regreso.

—Pero ¿había patrulla? —preguntó Saurie, ya dentro del primer coche, en el momento en que arrancaba.

—No sabemos... Nos pareció ver sombras —contestó el conductor.

—¡Malditos! ¡Me interesaba llevármelo vivo!...

Iba a dar la orden de parar, cuando irrumpieron varias figuras a ambos lados del camino.

—¡Alto!...

Los dos coches aceleraron, pareciendo que el roce de los vehículos en el aire inflamaba una cenefa de fulminantes. La carrocería de los dos coches era blindada, y siguieron,

precipitándose al valle.

Cruzaron la aldea, sin detenerse. Los que antes los vieron pasar hacia la frontera, sonrieron: «Ya sabíamos que retrocederíais...».

Pero sorprendió a todos que pasaran con los faros apagados, yendo tan de prisa.

Colgaba sólo un pingajo de luna aquella noche, pero daba suficiente luz para que pudieran valerse los viajeros furtivos.

Arriba, en la cabaña, varias siluetas habían ido acercándose, formando semicírculo. Dentro de la cabaña sonaban ahogados resuellos y un gemir de agua apresada, que escapa con dificultad.

Dos sombras se adelantaron hacia la puerta de la cabaña, cuyo interior permanecía completamente a oscuras.

En la puerta tropezaron con dos cuerpos. Estaban muertos. Eran de la custodia de Saurie.

Los resuellos se oían en un rincón de la cabaña. Una lámpara automática lanzó su disco de luz a la pared del fondo y fue bajando, hasta coger dentro del círculo la cabeza de un hombre.

Tenía herido un lado de la cara. La barba casi estaba borrada por la sangre.

—¡Entrad! ¡Aún vive!... —dijo en italiano.

Tras el hombre de la lámpara, penetraron otros. Procedieron rápidamente a vendarlo. Lo colocaron sobre una lona que iba atravesada por dos palos y salieron de la cabaña.

El que llevaba la lámpara era un hombre alto, de fina figura. Todos ellos se deslizaban como sombras, casi sin hacer crujir la nieve.

Esperó a que se alejaran los que transportaban a «Miles».

—¡La patrulla anda cerca! —advirtieron varios, acercándose al hombre alto que seguía en la puerta de la cabaña.

—Tendremos tiempo de dejar esto en orden... Hay que trasladar uno de estos cadáveres al fondo de la cabaña.

—¿Para qué?

—¿Conviene que parezca que eran ellos dos a dispararse? Ajuste de cuentas.

—¿Y para qué demonios tenemos que preocuparnos de arreglar esta cabaña? ¡Que piensen lo que quieran! ¡Vámonos!...

El que había sugerido trasladar uno de los cadáveres, se acercó al que protestaba.

—¡Drusco!... ¡Recuerda que si ese hombre muere, habrá sido por tu culpa!...

—¿Por mi culpa? ¡Cuidado con lo que dices, Gidio! —Y se hizo unos pasos atrás, las manos en la metralleta.

El otro, el de figura alta y fina, no adoptó ninguna precaución.

—Drusco: Hasta ahora te tenía por un protestón inofensivo... Pero me temo que haya algo más grave en ti.

Hizo efecto. Drusco, tras un silencio, bajó el arma.

—¿Qué piensas de mí? ¡Medita, antes de decirlo!...

—No tengo pruebas todavía...

Drusco sacudió los hombros e inició una carcajada.

—¡No tienes pruebas! ¡Y te atreves a insinuar!... ¡Te va a costar caro, Gidio!...

Volvió a levantar la metralleta. Pero Gidio, de un salto, había desaparecido dentro de la cabaña.

Drusco soltó una ráfaga. Ya los compañeros se habían alejado unos cuantos metros. No querían intervenir en aquella rivalidad, pues sabían que llevarían las de perder. Ellos eran meros peones, mientras que Drusco y Gidio eran una representación del jefe.

Drusco, apenas hacer la descarga, sintió la tentación de enfocar con la luz de una lámpara automática el fondo de la cabaña, como antes hizo su rival.

Recorriendo los rincones fue girando la lámpara. Por unos momentos su cara quedó iluminada. Era una cara redonda, apesada por una barba negra.

Al ver que en un rincón de la cabaña, a la izquierda de donde él se encontraba, se movía algo, soltó la lámpara y levantó la metralleta.

Pero fue Drusco quien recibió la ráfaga, desde la frente hasta el pecho.

Gidio salió de la cabaña. Se quedó escuchando a lo lejos. Se acercaba gente.

A unos diez metros de la cabaña aguardaban cuatro sombras. Se habían quedado esperando a ver cuál de los dos, Drusco o Gidio, aparecía vencedor de una rivalidad que todos los de la cuadrilla sabían tenía que resolverse a tiros.

—¡Vámonos!... Las moscas están al llegar...

Gidio y los cuatro que se habían quedado rezagados se lanzaron

sobre las huellas de los que trasladaban a «Miles».

Se había movido un poco de viento. Una gran nube, que avanzaba pavoneándose, desgarró su gran cola antes que verla enganchada en las puntas de la luna...

En los sótanos de la casa de campo, entre barriles de vino, se procedió a la cura.

Disponían de expertas manos para hacer prodigios sobre huesos rotos y carne agujereada. La banda de Aldo Belgia contaba con muchos resortes.

Era el veterano de la frontera. Aldo Belgia fue una figura en los tiempos de los «partisanos».

Luego aprovechó sus conocimientos del terreno y su sagacidad para burlar a sus perseguidores, dedicándose al contrabando.

Era ya viejo para tomar parte en operaciones donde se necesitasen buenas piernas, y por ello se quedó al margen en la operación «Miles», a quien conoció durante la guerra.

—¿Cómo os habéis descuidado?... ¡Le prometí a mi amigo la mayor protección! —rugió Aldo Belgia, al ver a Gidio.

El doctor traído de una aldea ya estaba interviniendo a «Miles».

—Tenías a una víbora en tu cuadrilla, Belgia —contestó Gidio.

El viejo se quedó mirando al hombre joven. Era un tipo todo músculo, de rostro moreno, facciones correctas.

—¡Gidio! ¡Tú también eres una víbora!...

Gidio se echó a reír.

—Con la diferencia de que yo no oculto que lo soy. Sabes de tiempo que pertenezco a INTERPOL. Sabes, también, que nada va contra ti. Espero que tendrás la suficiente serenidad para pensar cualquier cosa menos que yo he faltado a mi promesa.

Tras una pausa, Aldo Belgia empezó a pasearse, violentamente.

—¡Lo sé, Gidio! ¡Te considero mi amigo!... ¡Pero has dejado que a «Miles»...!

—¡Me interesa más que a ti, Belgia!...

—¿Más? ¡A ti sólo te interesa por tu cochino cargo!... ¡A mí porque es mi amigo!... ¡En la guerra nos hicimos grandes favores!

—Se arremangó un brazo, el izquierdo, y apareció una profunda cicatriz—. ¡Esto se curó gracias a «Miles»! ¡Me llevó sobre sus espaldas durante toda una noche, teniendo a los nazis tras de nosotros! ¡Y otra herida que tenía aquí! —Se tocó el muslo del

mismo lado—. ¡Esto no se olvida, Gidio!...

El joven agente de Interpol encendió un cigarrillo, expulsó una bocanada de humo y exclamó:

—¡En pechos nobles, eso no se borra, Belgia, lo sé!... Por eso accedí a que estuviera contigo.

—¿Que accediste? —Parecía que fuera a soltar una risotada de burla.

—Sí, Belgia. Antes de presentarme a ti, en el Departamento se había discutido la conveniencia de pedirte que nos entregaras a «Miles». Les convencí de que no lo hicieran, porque contigo estaba seguro. Alguien no se mostró conforme. Me insinuó que tenías en tu cuadrilla a uno que te traicionaba...

—¡No! ¡Para justificarte no echas basura sobre los míos!...

—¿De veras? Ayer me confesaste que llevas una mala racha. Te descubren los alijos en los sitios en que menos lo esperas...

—¡Mala suerte!...

Tras un silencio, Gidio sacó un papel de sus bolsillos.

—Tenía mis sospechas sobre Drusco. Las confirmé esta noche, cuando retrasó nuestra marcha hacia la cabaña, donde esperaba «Miles». El decía que los coches todavía no habían subido. De hacerle caso, hubiéramos llegado una hora más tarde.

Le dio el papel. Belgia lo cogió y se acercó a la lámpara, para leerlo.

«Tu último servicio, Drusco. Llegad tarde a la cabaña. Se sospecha de ti... Terminado esto, preséntate al sitio...».

—¿Qué es esto? —tartajeó Aldo Belgia.

—Lo llevaba Drusco encima.

Belgia se ahogaba. Avanzó hacia Gidio, alentando con fuerza.

—¡No lo creo! ¡Es una treta tuya!...

Lo agarró del pecho. Gidio se mantuvo inmóvil, mirando al viejo guerrillero.

—Belgia... Estoy deseando verte apartado de esto. Mi padre estuvo en tu grupo, e intervino en muchas de tus proezas, durante la guerra. Mi padre murió hablando del hombre más «entero» que había conocido... Si vas a pensar que soy capaz de hacerte una mala jugada, que te lleve el diablo...

Lo empujó, volviéndole la espalda. El viejo contrabandista se arrimó a un muro, estrujando el papel.

—Gidio... También yo quisiera verte separado... de la policía... ¡El hijo del que fue como mi hermano! ¡Perra suerte!...

—No maldigas tu suerte. Hasta ahora has estado haciendo cabriolas al borde de un abismo. Tus «conductos» han estado a punto de ser utilizados para pasar droga...

—¡Eso sabes que yo no lo hago!...

—Lo sé. Pero alguno de los tuyos ha recibido presiones desde fuera para «trabajar droga». La tentación de las ganancias ha pinchado en muchos de los tuyos.

—¡Si alguno lo intentara!...

—Tú no te darías cuenta. Cuando la operación estuviera organizada, te «apartarían»... Retírate, Belgia. Alega que estás cansado, y concede un permiso a tu cuadrilla.

Aldo Belgia, tras hacer un gesto de estupor, prorrumpió en carcajadas.

—¡Eso quisieran algunos!... ¡Desplazarme de la frontera!...

—Algunos... como Yanqui Johnny —soltó Gidio, mirando fijamente a Belgia.

El viejo «partisano» asintió, con movimientos de cabeza. De pronto hizo un gesto de recelo.

—¿Por qué has nombrado a Yanqui Johnny y no a otros?

—Pues..., quizá porque es el que con más rapidez progresa.

—Cuando más aprisa se sube...

—De acuerdo. Pero el caso es que apunta *alto*.

Aldo Belgia no reparó en la manera con que Gidio recalcó *alto*.

—Trajina con estupefacientes, pero hasta ahora no se le ha podido probar nada —siguió el agente de Interpol—. Pero se sospecha que hay algo más...

El viejo lo miró, intrigado:

—¿Diamantes? ¿Oro?...

Gidio sonrió.

—Eso lo has «trabajado» tú también.

Belgia fue cogido por sorpresa, y se azoró.

—Si tú lo dices —no se atrevió a negar.

—Está olvidado, Belgia. En cuanto a Yanqui Johnny...

—¿Trajina moneda falsa?

—Todavía peor. Pero son meras conjeturas... Nada se puede decir. Si te animas a un descanso, te prometo una temporada divertida en París.

—¿En París, yo? —Se miró de arriba abajo.

Vestía muy mal. Aunque se pusiera buena ropa, siempre vestiría mal. Se puso a rascarse la barba, muy abundante.

—Te rasurarías...

—¡Vaya tontería!... En París estuve unos días, semanas antes de que llegaran los aliados. Con «Miles» precisamente...

—¿Llegaste a conocer a su esposa?

—¿A la francesa? ¡Oh, sí!...

—¿Qué te pareció?

—¡Muy guapa!... ¡Y con una amabilidad tan... tan de gran dama!... Todavía no me he explicado cómo «Miles» consiguió enamorarla.

—¿Te gustaría verla de nuevo?

—¡Déjate de bromas! Ella hace años que murió.

—No importa. Está su hija... Tiene toda la belleza de la madre, y toda la fuerza de «Miles»...

Interrumpieron la conversación, porque el doctor apareció en ese momento.

—¿Se salvará? —preguntó Belgia, en francés.

—Sí... Nunca había visto heridas con más suerte —contestó el doctor, también en francés—. El rostro es el que ha sufrido más daño... Pero cuando cure, esa cara se podrá reparar...

El viejo «partisano» vio que el agente de Interpol sonreía, como si todo, incluso aquel borrón que el proyectil había hecho en las facciones de «Miles», fuese un acierto...

CAPÍTULO II

Saurie apoyó las tres láminas contra los objetos que tenía sobre la mesa escritorio. Echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos.

—¡Es una maravilla, Kery!... ¡Una verdadera maravilla!...

En las tres láminas aparecía un automóvil, con carrocería aerodinámica. Y la silueta fina, de rasgos escuetos, de una bella mujer.

—En los tres dibujos se ve tu magnífico estilo... Ese toque delicado, preciso...

Iba a seguir con los adjetivos encomiásticos, pero una carcajada de Kery le cortó.

Saurie se volvió a mirarla. Kery todavía estaba riendo. Fulgía su maravillosa dentadura, con un brillo tan deslumbrante como el de sus ojos garzos.

Saurie sintió sobre su rostro adiposo la mirada de Kery, unos ojos que parecían taladrarle las bolsas grasientas que le colgaban a modo de mejillas.

Siempre había temido la burla de Kery, Era la única persona ante la que se sentía en posición de inferioridad.

Viéndola reír, Saurie admiró una vez más, en callada desesperación, el altivo busto de la joven; sus hombros, su cuello... y aquella boca que le ponía en la suya una sensación de desierto, de torturante sed.

—¡Me has decepcionado, Saurie!...

—¿Por qué? —preguntó, desconcertado.

—¡Yo que tenía en tanta consideración tus opiniones sobre mi estilo!...

—¿Y qué sucede?

—Que estos dibujos no son míos.

—¡Imposible! —gritó Saurie, levantándose, dando con los puños sobre la mesa.

Las tres láminas cayeron del soporte. Saurie ganó tiempo, colocándolas otra vez donde estaban.

—En todo caso... han copiado tu estilo —murmuró.

La muchacha dejó de reír y se sentó en un sillón próximo a la mesa.

—¡Qué más quisiera yo!... Pero ¿te has fijado bien, Saurie, en la maestría de trazo que hay en cada línea? Yo nunca conseguiré ese dominio.

Y se calló, quedando ensimismada, sin preocuparse de que en la posición en que había quedado su cuerpo, la falda se ceñía demasiado, modelando sus largas y bien perfiladas piernas.

Cada vez que Saurie le dirigía la palabra, la miraba a las piernas, luego a la parte superior del cuerpo, y tenía en seguida que desviar la mirada, temiendo que ella advirtiera el infierno que rugía en su sangre.

—Entonces, si esos dibujos no son tuyos... ¿a quién pertenecen?

—No lo sé.

Saurie hizo un movimiento de asombro.

—¿Qué?

—Lo sé vagamente... Ayer se presentó en mi despacho un hombre viejo, de aspecto bastante raro. El me ofreció esos dibujos...

Saurie frunció la frente.

—¿Qué le notaste de raro?

—No sé... Todo él. Lo de menos era que llevara gafas oscuras y rehuyera que le viera el rostro... Era su forma de moverse... El despacho parecía agobiarle. Yo sospecho que tras de todo esto se oculta un artista, un gran artista, que por hambre, claudica en trabajar para la publicidad. ¿No crees?

—Puede —contestó Saurie, maquinalmente, la imaginación muy lejos.

—El orgullo del que verdaderamente siente el arte —dijo Kery, exaltada.

—Bah. Ese orgullo es absurdo. No les importa pintar a una «cocotte» desnuda, a sabiendas de que estás haciendo el cartel de propaganda para la individua, y si les dices que agreguen a esa figura la marca de un jabón o de un coche... ¡Oh! ¡Entonces, el ARTE!... ¡Mentecatos!...

—La cosa no es tan absurda, Saurie.

—¡Déjate de sutilezas!... Esos dibujos deberíamos rechazarlos, mientras el autor no de la cara, con su firma.

—Ni lo pienses. Aparte de que los dibujos son una maravilla, esa desfachatez dando la cara sería menos simpática que su rubor de ahora. Así, al menos, lo conceptúo yo.

Kery se levantó y se colocó detrás de Saurie, para contemplar las láminas.

—¿Qué habéis concretado? —preguntó él, turbado por la proximidad de la muchacha.

—Que hoy volvería, para saber la respuesta.

—¿Vendrá aquí?

—No. A mi casa.

—¡Pues bien podría venir aquí! —replicó Saurie, furioso—. Puesto que quiere conservar el incógnito, aquí se le iba a respetar lo mismo.

—No insistas. Esto tiene aspectos muy delicados, y tú, sin darte cuenta, podrías herirlo. Déjalo a mi cargo... En cuanto al precio, permite que sea yo quien fije la cantidad.

—Siempre que no pierdas la cabeza.

—Es lo último que pierdo, Saurie —replicó, riendo—. Ya debías saberlo.

Pero en ese momento Saurie no la escuchaba, fija su atención en las láminas.

No observaba las delicadas y hermosas figuras femeninas, con las sugestivas piernas desnudas hasta mucho más arriba de las rodillas. Ni el paisaje, con perspectivas lejanas, que invitaban a la velocidad.

Lo que Saurie examinaba era la estructura del coche, el trazo seguro con que el artista había resuelto la línea de la carrocería, ceñida a un estilo ultramoderno, que todavía no había pasado de una vaguedad en la mente del fabricante más avanzado.

—Si ese hombre nunca ha hecho esto..., ¡es asombroso!

—¿Qué, Saurie?

—Ese hombre conoce la técnica del automóvil. ¡Fíjate, Kery! ¿Esta carrocería no te recuerda nada?

Tras parecer que vacilaba unos segundos, ella contestó:

—Tiene un aire a nuestro modelo «Procer»... Un aire solamente. Yo diría que estos dibujos lo superan.

—¡Es una asombrosa coincidencia! Los bocetos del «Procer» nunca han salido del círculo privado... ¿Cómo te explicas esto?

—¿Qué tiene de particular? Cuando una idea es sugerida por el momento que se vive, la coincidencia se ha de dar en muchos.

Siguió un prolongado silencio. Saurie, tras dirigir fugaces miradas a Kery, manifestó:

—Será como tú dices, pero es necesario que yo conozca a ese hombre.

Kery se separó de la mesa, en actitud impaciente.

—¡Saurie! ¡Eres un testarudo!... Se lo oí a papá muchas veces, pero ahora es cuando me doy cuenta.

Había quedado de pie en el centro del amplio despacho. Desde allí miraba a Saurie de una manera extraña. A simple vista se apreciaba la honda antipatía que sentía por aquel individuo.

—Pero soy más testaruda que tú —continuó la joven—. Si con papá eras tú siempre quien sé salía con la suya, conmigo no vas a poder.

Saurie, tras parecer unos momentos confundido, preguntó:

—Pero ¿es que por un recién llegado vamos a reñir?

—Tenía el propósito de obrar con tacto con respecto a ese hombre. Un día te hubiera hecho venir a casa y lo hubieras conocido, de manera que pareciera que era cosa de la casualidad. Así no había peligro a que pudiese sentirse herido... Pero tú lo has querido. Hoy le diré que sus dibujos no interesan.

Saurie apartó la mirada de las láminas y levantó lentamente la cabeza. Sus ojos pequeños quedaron fijos en los de Kery. Ahora no la temía. Cuando se sentía dispuesto a atacar perdía el miedo.

—¿Estás hablando en serio?

—¡Nunca más en serio!...

Saurie torció su grueso labio inferior y cruzó las manos, apoyándose sobre la mesa.

—En el fondo me importa poco que mandes a paseo a ese hombre...

Pronunciaba lento, recreándose en el corte de cada vocablo.

—Eso está mejor —contestó Kery, dando por terminada la cuestión.

—Espera. Me falta decir, que lo que no puede dejarme indiferente es el tono con que has hablado. Por primera y única vez

te hago la siguiente observación: *No vuelvas a hablarme así...*

Una carcajada fuerte, una risa llena de nervios estalló en la boca de Kery. Con la misma lentitud y énfasis que había empleado él, preguntó:

—¿Es una amenaza, Saurie?

—Una advertencia.

—Mejor es que lo digas claro: una amenaza... Y eso que todavía no se tiene la seguridad de que papá haya muerto.

—¡Existe esa seguridad! ¡Hace ya días que tenemos esa seguridad!...

Kery quedó con la boca entreabierta, los ojos agrandados al máximo. Se puso a mover la cabeza, negando débilmente.

—Eso no es cierto...

—Leíste los periódicos, ¿no? Decían que no habían sido identificados los cadáveres. Pues bien: Era una cautela de la policía, para engañar a los de su misma banda...

—¡Calla! ¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Hablas de mi padre como de un bandido!...

—No he dicho que lo fuera... en la actualidad. Pero lo fue hace años, en su país...

Kery, convertida en una hermosa tigresa, hizo la acción de saltar sobre Saurie, para abofetearle.

—¡Cuidado! —advirtió Saurie, abriendo el cajón de una mesa, donde guardaba una pistola—. ¡Eres hija de *gángster*, lo quieras o no! ¡Y como a tal te trataré, como no cambies de actitud!...

Kery se dio cuenta rápidamente de que aquel individuo, cuando se atrevía a atacarla con tanta brutalidad, era porque consideraba tener en sus manos todos los triunfos.

Triunfos que ella debía arrebatarse. E hizo como que no oía los insultos, aparentando estar trastornada por la noticia que el individuo acababa de darle.

—¿Es seguro... que identificaron a papá?

—¡Sí!... ¡Y yo sé los resortes que he tenido que tocar para que la noticia no trascienda!... Pero parece que estés empeñada en seguir la suerte de tu padre, al empujarme a esta desagradable situación. Yo no pensaba decírtelo de esta manera...

Después de un silencio, durante el cual ella permaneció con la cabeza inclinada, mirando al suelo, mientras con los dedos se

apretaba las sienes, dijo:

—Es mejor que lo hayas dicho de esta forma. Yo ya sospechaba que sabías su muerte y que me lo ocultabas...

—¡Por consideración a ti!

—Ya lo sé... Quizá esta brutalidad de ahora sea tu nueva táctica para enamorarme.

Se quedó mirándolo, con los ojos ya secos, la boca contraída por una sonrisa sardónica.

Estas últimas palabras surtieron el efecto de un latigazo contra el rostro de Saurie. Pero permaneció impassible. Con la misma voz reposada de momentos antes, dijo:

—Por delicadeza he rehuido referirme a eso. Pero ya que tú lo planteas, escucha... Que te decidas o no a casarte conmigo, es algo que apenas me preocupa. Tengo otras aspiraciones... Lo que voy a exponerte ahora, se refiere a la empresa. Creo que, dado tu orgullo, exista un serio inconveniente a que tú sigas trabajando para la empresa, como mera empleada...

Kery había adoptado un gesto irónico. Lo esperaba todo de Saurie. Pero iba a tener una sorpresa.

—Como asalariada..., porque como accionista y participante del Consejo de Dirección, eso ya no podrá ser.

—¿No?

—Desde luego que no. Todas las acciones de tu padre estoy dispuesto a adquirirlas.

Kery fue acentuando la sonrisa.

—Sería un buen golpe en el Consejo, ¿eh, Saurie? Tendrías la presidencia, por derecho...

—Exacto.

—¿Y abrigas esperanzas de que yo te las venda?

—¡Qué remedio te queda!... Todos los trabajos que me he tomado por ayudar a tu padre; todas las influencias que he tenido que manejar para que su historia de viejo *gángster* no saliera a relucir, tienen ese premio: el que me vendas las acciones, a mí, *solamente a mí...*

Kery se puso a recoger las láminas. Las metió en su envoltura, que estaba tirada sobre un sillón, y se dispuso a marcharse:

—Debo pensarlo, Saurie...

—Tienes ese derecho. Pero no más tarde de mañana a estas

horas quiero la respuesta.

Kery, ya en la puerta, contestó:

—Quizá la tengas antes.

Apenas la doncella le anunció quién había llegado, Kery se apresuró a descender por la ancha escalera que conducía al *hall*.

De pie, mirando a través de una gran abertura acristalada que daba al jardín, se encontraba el hombre que entregó a Kery las láminas.

Al oír pasos, el visitante se volvió. Una especie de temblor pareció apoderársele, a la vista de aquella hermosa mujer, resplandeciente de juventud y elegancia.

Como si las humildes ropas que el visitante llevaba se hubiesen vuelto de pronto astrosas, se miró, y dio el efecto de que iba a emprender la huida.

—¡Bienvenido! —saludó Kery, como presintiendo lo que ocurría en el artista.

El visitante llevaba el rostro rasurado. Era viejo. Una cara atezada, cruzada de arrugas.

Hizo una reverencia, demasiado exagerada.

—Señorita Bardin...

—¿Quiere que pasemos a la biblioteca? —preguntó Kery, gratamente sorprendida al ver que no llevaba las gafas oscuras del día anterior.

Había un detalle muy significativo que ella ocultó a Saurie; y era el acento italiano con que aquel hombre se expresaba.

—Como usted quiera, señorita Bardin.

La joven echó a andar, seguida del visitante. Éste empezaba a serenarse, pasando del azoramiento, a la actitud humorística. «¡Menudo lío, si me pregunta sobre arte!», decía para sí.

Aldo Belgia, el viejo «partisano» y veterano contrabandista, visitaba la casa de su amigo «Miles», presentándose como un magistral dibujante.

Todo era idea de Gidio, el agente de Interpol. «Así tendrás oportunidad de ver una nueva versión de la dama francesa que conociste en guerra», le dijo, para decidirlo a visitar la casa.

El contrabandista Aldo Belgia presentaba los dibujos. Pero la inspiración técnica pertenecía a «Miles». Y los trazos artísticos eran de una mano segura: la de Gidio.

Yendo tras Kery, atravesaron una sala. Ya iban a cruzar otro departamento, cuando los pasos de Belgia se desviaron, como atraído por algo que había en el fondo de la estancia.

No era más que un viejo sillón con una mesita al lado y una lámpara de pantalla. Encima de la mesa, unos cuantos libros.

Kery aguardaba en la puerta de la biblioteca.

—Es aquí, señor...

Belgia pareció titubear:

—Si para usted fuera lo mismo... Aquel rincón parece bueno.

—Lo es... Era el preferido de...

Se contuvo. Los ojos se le humedecieron. Belgia la observaba.

—¿Alguien muy querido... que no está presente?

La muchacha asintió, con un movimiento de cabeza. Belgia hizo el ademán de retroceder.

—No hay inconveniente en que nos sentemos ahí —declaró Kery.

Una vez sentado en el sillón, Belgia puso sobre sus rodillas la carpeta que llevaba y cruzó las manos.

—Perdone mis manías de viejo... Me gustan los rincones. Y esta penumbra. Si ha de encender alguna luz, procure que no me dé. Mi vista resiste poco.

—Descuide.

—Y bien: ¿Qué hay de los dibujos?

—Como ya le anticipé... han gustado mucho. Sólo que...

Y Kery pareció presa de gran confusión.

—Dígalo sin reparos. ¿No sirven?

—¡Oh, no! Nada de eso... Es que ha ocurrido algo...

Se levantó y dio unos cortos paseos. Volvió a sentarse y mirando al viejo:

—Puede que yo deje de pertenecer a esa empresa.

Tan precipitado fue el ademán del viejo que la carpeta que tenía sobre las rodillas se le cayó.

Al inclinarse a cogerla, Kery le vio en la nuca una cicatriz.

—No sé si la he entendido bien. ¿Ha dicho que va a dejar de pertenecer a la empresa «Gibaut»?

Kery asintió con un movimiento de cabeza. Luego dijo:

—Tal como usted lo ha entendido.

—Me sorprende... Yo tenía entendido... Mejor aún, sé que usted

es el alma artística de la casa. Los Bardin siempre han estado ligados con la empresa «Gibaut»... No me explico cómo la dirección de esa empresa la deja que se marche... Si es una maniobra de Saurie, esa empresa se estrellará. Ese hombre no sirve para nada.

—¿Usted lo conoce?

—¿A Saurie? ¡Demasiado!...

Lo que sabía de Saurie era lo que «Miles» y Gidio le habían dicho.

—Por eso preferí presentarle los bocetos a usted —siguió Belgia—. Con él no me hubiera entendido.

—¿Es la primera vez que toca esta clase de publicidad?

—NO. Desde mi juventud, yo he estado trabajando para el padre de usted... No se extrañe... Siempre he querido que no se supiera. Su padre venía a los suburbios, donde he pasado largas temporadas, cuando no me daba por regresar a mi país, Italia, ya lo habrá usted notado...

Kery había advertido algo más importante que el acento italiano, y era que aquel hombre le estaba mintiendo.

—No siempre que he estado en París he vivido a las últimas. A veces, su padre venía a buscarme a mi lujoso estudio en Montparnase... Todo dependía de la suerte y de mis ganas de trabajar...

Y rompió a reír. En seguida se calló.

Por momentos la oscuridad en la estancia era más intensa. A través de uno de los ventanales que daba al jardín se distinguía apenas el brochazo casi negro de los árboles.

—¿Qué le ha ocurrido con Saurie? —preguntó Belgia, después de unos momentos en que los dos permanecieron callados.

—Nada que tenga mucha importancia —empezó a decir Kery. Y cambiando de tono—: ¿Sabe usted que mi padre...?

—¿Qué?

—Que salió... hace algún tiempo...

—De «vacaciones», eso me dijeron cuando fui a las oficinas y pregunté por él. ¿Es cierto?

Kery no se atrevió a contestar que en esas «vacaciones» había muerto.

En ese instante se oía en el *hall* la voz de Saurie. Belgia lo había visto de lejos, señalado por Gidio. Pero le era imposible reconocerlo

por la voz. Y Kery se guardó de decirle quién había llegado.

—Tengo visita... Permanezca aquí. Tenemos que hablar mucho todavía.

Parecía muy afectada. Belgia se dio cuenta y se alarmó, pensando en que eran los gendarmes los que se presentaban en aquella casa, para fastidiar tanto a Kery como a él.

—¿Qué ocurre?

—Nada... Es Saurie, que ha venido. Seguramente para conocer a usted.

—¡Al diablo!... —Pero se contuvo—. Si pregunta por mí, diga que no quiero verle y que me he ido por otra puerta... ¿No hay otra puerta?

—La del servicio.

—Pues por allí me he ido.

—Pero usted se queda, esperándome.

—Descuide... Ah. Si quiere seguir un consejo...

—Diga.

—Gane tiempo. Si hay alguna diferencia entre usted y Saurie, acorte la distancia... En otras palabras, procure reconciliarse con ese bicho.

Kery se quedó mirándolo, más que intrigada, desconcertada. Iba a pedirle que le aclarara quién era en realidad, y qué contactos había tenido con la empresa «Gibaut», pero temiendo que Saurie se atreviese a entrar en aquel gabinete, fue a su encuentro.

En la otra habitación se hallaban las luces encendidas. Saurie aguardaba, expectante, a que Kery estuviese junto a él.

En el momento en que se disponía a tenderle la mano, se decidió a sonreír. La sonrisa de Saurie era tan desagradable como su cara.

Cada vez que sonreía, algo taimado, viscoso, fluía de todo él.

—Vengo a proponerte la paz... No tengo inconveniente en confesar que me excedí... Te daré cuantas disculpas quieras...

—No es necesario.

—Es que no sabes cuánto siento lo ocurrido...

Parecía impaciente. En un momento, había mirado tres veces seguidas el reloj de pulsera. De vez en cuando dirigía miradas fugaces a la puerta del gabinete.

—He de marcharme... Para cuestiones de la empresa...

—Lo suponía —contestó Kery, con matiz incisivo.

—Pero no me iré si no me dices que todo está olvidado.

—¡Todo está olvidado, Saurie! Puedes marcharte —contestó Kery, con magnífica serenidad, sonriendo de manera que ella misma estaba sorprendida.

Los dos juntos se dirigieron al vestíbulo. Ya abierta la puerta que daba al jardín, se estrecharon la mano.

Apenas la puerta se cerró, Kery se miró la mano, con gesto de aversión, como si la considerara culpable de una imperdonable claudicación. Pero antes de cerrar la puerta, Kery permaneció unos momentos aguardando a que Saurie descendiese la escalinata, montase en el coche y desapareciese por la alameda central que cruzaba el jardín.

Era ya completamente de noche...

Minutos después que la puerta quedase cerrada, volvió a abrirse y se vio la silueta de un viejo encorvado, con una carpeta bajo el brazo, que con cautela empezó a descender los peldaños.

Apenas salir de la casa, la puerta se había cerrado. La encorvada figura fue avanzando hacia la alameda central.

Antes de que llegara, de entre los macizos surgieron dos individuos que se quedaron aguardándole. El hombre de la carpeta se detuvo.

—Vamos, viejo. Te llevaremos en coche —dijo uno de los individuos.

Avanzó hacia él. Pero el hombre encorvado soltó la carpeta. Su figura creció dos palmos. Antes de que el otro pudiera reponerse de la sorpresa, se produjo un chasquido.

Un puño del «viejo» le había alcanzado en las mandíbulas, lanzándolo de espaldas hacia los macizos.

El otro individuo se dispuso a intervenir. Pero todavía no había borrado de su mente la idea de que iba a enfrentarse con un hombre viejo. Por pronto que advirtió que tenía enfrente a un formidable luchador, ya el hombre de la carpeta le había aplicado una llave de judo y el individuo se sintió por los aires, yendo a caer sobre los arbustos del macizo, lanzando un estentóreo grito.

El dolor y la rabia hizo rugir a los dos individuos. El de la carpeta, previendo lo que iba a suceder, había retrocedido, hasta situarse detrás de un árbol. En el mismo instante irrumpieron dos llamaradas.

Disparando, los dos pistoleros se replegaban tras el macizo, para seguir disparando desde allí.

El de la carpeta introdujo una mano en la sobaquera, sacó un arma y apuntó a la masa oscura de vegetación, donde hacía unos segundos habían brillado las llamaradas.



Apuntó a la masa oscura de vegetación

Sonó el puntear veloz de una pistola ametralladora. Se oyó un alarido. Luego, pasos precipitados.

El de la carpeta todavía permaneció unos momentos junto al árbol, escuchando. El silencio en el jardín ahora era completo.

En la casa se habían iluminado varias ventanas. El hombre se separó del árbol y se dirigió a la escalinata. La puerta estaba abierta y en el umbral se encontraban Kery y dos criados.

Detrás de ellos, Aldo Belgia.

—¡Gidio! —llamó—. ¿Cómo ha ido?

Lo preguntó en italiano.

El agente de Interpol, antes de contestar con palabras, soltó una alegre risa.

—¡Bien, «viejo»! ¡Creo que se llevan un buen dibujo!...

Kery había agarrado un brazo de Belgia y con voz llena de ansiedad, pidió:

—¡Por favor, acláreme esto!

Se retiraron de la puerta.

—Primero deje que los presente —señalando al agente—: Gidio Palcani, un amigo y compatriota... Aquí, la señorita...

Gidio lo interrumpió.

—Lo sé muy bien, «viejo». Kery Bardin... Tan bella como excelente artista. ¿Cuándo dejará de dibujar coches? En otras cosas pone usted más alma.

Se dirigían al gabinete donde antes estuvo Belgia. La muchacha no salía de su estupor, por lo inesperado de todo lo que estaba ocurriendo.

Miraba al nuevo visitante. Exceptuando el acento, su francés era de construcción correcta, tal vez demasiado académico.

De pronto lo vio de frente. Su figura esbelta, su rostro risueño, la naturalidad con que le tendía la mano, la tuvieron unos instantes indecisa.

—¡Hermosa de verdad! —exclamó Gidio, ahora en italiano.

Ella lo miró entonces con un principio de irritación.

—¡He pedido que me expliquen...!

—En primer lugar, tendrá usted que mandar que reparen la ventana de la bodega. He tenido que producir algunos desperfectos para entrar en su casa —contestó Gidio.

Vestía ropa vieja, lo mismo que Belgia.

—¿Y por qué no ha entrado por la puerta, como su amigo? —preguntó, mirando alternativamente al viejo y al joven, cada vez más confusa.

—No convenía. Saurie tenía observadores en su jardín. Estábamos seguros de que intentaría algo por averiguar la personalidad del que dibujó las láminas —explicó Gidio.

Lo decía con la naturalidad con que uno pudiera explicar que al ir a salir de casa, se dio cuenta de que podía llover, y retrocedió, para coger el paraguas.

—Es hora de que lo sepa, señorita: Yo no he dibujado esas láminas —declaró Belgia—. En mi vida he hecho un monigote.

Kery contrajo el rostro, y sus ojos garzos adquirieron un brillo agresivo.

—¿Qué burla es ésta?

—No hay ninguna burla, señorita. Los dos estamos aquí para ayudarla —se apresuró a decir Gidio.

—El es el autor de los dibujos —reveló Belgia.

—¿Usted? ¿Y por qué desde un principio no lo dijo?...

—Era más fácil que usted se prestara a atender a un «viejo», que no a un individuo como yo. Tengo cara de espía —y se echó a reír.

Pero ahora Kery ya no le miraba al rostro, sino a la huella que la pistola ametralladora dejaba bajo la vieja chaqueta.

—¿Cómo lleva eso? —preguntó, aturdida.

—¡No se preocupe! —dijo Belgia—. Tiene permiso para llevar armas. Es de Interpol.

Kery emitió una exclamación de sorpresa y de cólera. Retrocedió unos pasos, mirando a los dos.

En ese momento Gidio parecía querer fulminar con la mirada al veterano contrabandista.

—¡Es mejor que lo sepa desde un principio, Gidio! —declaró en italiano.

—Pudiste esperar a que lo dijera yo —replicó agriamente Gidio. Y volviéndose de cara a la joven—: No es la última sorpresa que va a tener, señorita Bardin.

Pero las ideas de Kery se habían ido ensombreciendo. Pensaba que lo de las láminas había sido un truco para introducirse en su domicilio y sorprenderla.

Pensaba que era la policía movilizada por viejas cuentas de su

padre.

—¿Qué vienen a hacer aquí? —preguntó, agresiva.

—Tenemos que hablar de su padre...

Era lo que ella temía. Con los ojos relampagueantes, preguntó:

—¿No saben ya bastante?

—¿Queremos conocer las noticias que usted tiene de él?

—¡No se burlen!... Desde que mi padre se marchó, no he tenido más noticias que las que... cierto individuo que se decía nuestro amigo, ha querido proporcionarme...

—Saurie —dijo Gidio, sin dejar de sonreír—. ¿Cuáles son las últimas noticias?

—¡Que lo mataron!

—En la frontera —concretó Gidio.

Ella no podía comprender que aquellos dos hombres, en semejantes circunstancias, sonrieran, teniendo a ella mirándoles.

Retrocedió unos pasos, aturdida.

—¿Qué ocurre?... ¿Por qué esa crueldad?...

Aldo Belgia soltó una retahíla de tacos en italiano. Y en italiano, también, gritó:

—¡Gidio!... ¡O lo sueltas tú...!

El agente de Interpol, mirando a Kery, declaró:

—Su padre no ha muerto. Y venimos en su nombre...

CAPÍTULO III

Habían pasado a una de las habitaciones superiores. Allí terminaron de referirle lo ocurrido en la cabaña.

—Está fuera de peligro, en cuanto a las heridas. El riesgo reside ahora en que usted o nosotros, cometamos algún error, y demos a entender que su padre vive —manifestó Gidio.

Kery trataba de coordinar el tumulto de ideas que se había promovido en su mente.

—Pero ustedes, la policía...

—¡Yo, no! ¡Eso que quede bien sentado! ¡No soy de la policía! — Y Aldo Belgia hizo como que escupía.

Fue el momento de revelar cuál era su personalidad. Y la amistad que le ligaba con «Miles».

—Soy yo el policía —recalcó Gidio.

Kery, tras mirarle indecisa, preguntó:

—¿Y qué se propone hacer contra mi padre?

—¡Nada, señorita Bardin! —prorrumpió Belgia—. ¡Gidio me dio palabra...!

—¡Cállate! —le cortó su compatriota. Y mirando a la muchacha —: Su padre se nacionalizó francés, recién terminada la guerra. Hizo mucho por este país, y por sus compatriotas norteamericanos, en los días de la «Resistencia». Sus audaces incursiones en la retaguardia enemiga salvaron millares de vidas... Todo eso cuenta...

Kery había ido cambiando el gesto hostil, pasando a una expresión conmovida.

—Entonces..., ¿por que lo obligaron a huir? ¿Si ustedes nada tienen en contra de él?...

—La policía norteamericana no ha indicado nada en contra de su padre en todos estos años. ¿Por qué tenía que hacerlo Interpol?

—¿Quién, pues?

—Podría decirle que cualquiera de los distintos organismos de seguridad de cualquier país... Pero en el caso de su padre, se ha utilizado su pasado, para encubrir algo que roza la seguridad de Occidente. En su fábrica se está proyectando un motor sobre el que se tienen muchas esperanzas.

Kery lo miró intrigada.

—¡Es curioso!... Ni yo misma, siendo parte de la empresa, sé lo que se hace en ese departamento... Sólo uno de nuestros ingenieros interviene en ese trabajo. Los demás son extranjeros...

—Proporcionados por la OTAN —señaló Gidio.

—Eso creo.

—Para la OTAN ha de ser ese motor, si rinde lo que se espera. Será el avión más veloz...

Kery no lo dejó seguir:

—¿Avión? ¡Está proyectado para automóvil!...

Gidio la miraba fijamente, calando en los ojos de Kery, para comprobar lo que había de sinceridad en su objeción.

—No, señorita Kery. Ese motor se proyecta para un avión... Y no es solamente en su fábrica donde se trabaja sobre ese motor. Para evitar el espionaje, el proyecto se dio fragmentado a distintas fábricas, de diversos países... Pero hace algún tiempo que se tienen indicios de que esa precaución sólo ha servido para despertar el interés de los espías.

Kery, después de expresar un gran desconcierto, empezó a palidecer.

—¡Dios mío!... ¿Es que piensan que mi padre...?

—El servicio de contraespionaje tiene pruebas de que su padre, aun conociendo la verdad de lo que se busca con ese motor, ha sido fiel al juramento que prestó. Pero en la «Gibaut» hay alguien al servicio de Estados que no «simpatizan» con la OTAN. El servicio de contraespionaje ha debido cometer algún error, y el culpable se ha puesto en guardia...

—¡Saurie! —exclamó Kery.

—Hasta ahora, sólo hay pruebas de que juega sucio con respecto a su padre. Se arriesga mucho en este asunto. El prestigio de la empresa «Gibaut», y el de los hombres que intervienen en su dirección. Hay, también, aspectos de alta política... De ahí que este asunto se lleve a ras de tierra, como una cuestión entre *gángsters*...

Se interrumpió, mirando gravemente a Kery, por si la había herido.

Pero la muchacha permaneció impassible.

—Siga...

—Saurie le hizo creer a su padre que su pasado iba a salir a flote. Y le «aconsejó» unas vacaciones... Con esto nos colocó en la duda de si solamente buscaba adquirir el lote de acciones de ustedes, o sea, el desplazarles de la empresa, o iba más lejos: que buscaba una cabeza de turco, que pagara los golpes del contraespionaje...

Tras un prolongado silencio durante el cual la frente de Kery acusó una gran tormenta, exclamó, poniéndose de pie:

—¡Busca las acciones! ¡Me busca a mí!... ¡Y busca cubrirse de las responsabilidades que puedan alcanzarle, si el proyecto de ese motor ha llegado a conocimiento del enemigo!...

Gidio también se puso de pie.

—No dudo que usted le interesa tanto como las acciones... Pero ¿por qué dice con tanta seguridad que Saurie es el espía?

—¡El tiene acceso al departamento de los ingenieros!...

—No debe ser el único. También su padre, y seguramente otros...

Si esperaba que ella lo negara, se equivocó.

—Mi padre tuvo entrada libre a ese departamento. Luego, también Saurie...

—¿Nadie más?

—¡Nadie más! —En seguida, cambiando de tono, ya como en plan de ataque, preguntó—: ¿Es que mi padre no se lo ha dicho?

—Sí —contestó Gidio, sonriendo—. Y me aseguró que usted me contestaría con la misma franqueza que él lo hizo. Lo celebro, señorita *Kiebel*...

Al primer momento Kery no pareció comprender. El apellido que Gidio acababa de pronunciar estaba enterrado. Lo estuvo durante todos los años de su vida, hasta que su padre tuvo que referirle su pasado, para justificar su escapada de París.

—¿Kiebel? —balbuceó.

—Por una sola vez —contestó Gidio—. Se lo prometí a su padre.

—¡Debo verlo cuanto antes!... ¡Quiero decirle que no repare en nada! ¡Qué contraataque sin preocuparse de mí! ¡Si no lo hace, yo

misma convocaré a la Prensa y referiré todo...!

Gidio ensombreció el rostro y la agarró fuertemente de los hombros.

—¡Borre de su mente esa estupidez!... Le he expuesto lo que ocurre porque su padre y este viejo me han aconsejado que le mostrara el juego. No haga que me arrepienta de haberles hecho caso...

La soltó al ver que el cuerpo de Kery perdía rigidez. La muchacha había ido apaciguándose.

—Puede confiar en mi silencio.

—De acuerdo.

Aldo Belgia soltó un respiro.

—Por unos momentos temí... ¡Bueno, ya pasó!...

Se sentaron. Kery ofreció cigarrillos. Cuando los tres hubieron encendido, ella quedó con el pitillo en los labios, una pierna sobre la otra, la cabeza inclinada, un mechón de pelo sobre el rostro, abstraída.

—Entonces, los dibujos... —murmuró de pronto.

—Son míos —declaró Gidio.

Ella le miró escéptica.

—Son de él —declaró Belgia—. Yo he visto cómo los hacía.

—¡Pero esos dibujos demuestran a un técnico del automóvil!...

—De muchacho trabajé en una importante fábrica de mi país. Soñé con ser alguien en el arte pictórico. Pero tropecé unas cuantas veces y me cansé... Luego, precisamente mi experiencia como dibujante en un departamento de publicidad de una fábrica de automóviles, ha significado que me designaran para esta misión. Le repito, señorita Bardin...

Ella le interrumpió:

—Llámenme Kery solamente.

—Bien. Le repito, Kery, que este asunto no debe perder su aire de rivalidad entre organizaciones que trafican con divisas y estupefacientes... Hay un individuo muy hábil, que hasta ahora ha podido burlar a la policía de todos los países. Es Yanqui Johnny. Éste es su nombre de guerra. Se sospecha que trabaja con todo lo que pueda proporcionar pingües ganancias, pero no se le puede probar nada. Lo peor es qué creemos que su potente organización es utilizada para asuntos que afectan a la seguridad de determinados

Estados.

Hizo una prolongada pausa, con el pretexto de encender de nuevo el cigarrillo.

—Y ese hombre, en estos momentos, se encuentra en París. Se permite el lujo de anunciarse a la policía, cada vez que pretende entrar en una ciudad. Aquí lo tenemos, aparentemente, en plan de divertirse.

Gidio se levantó, cogió los dibujos que había sobre una mesa y los esparció sobre el regazo de Kery.

—Pero aquí están estas láminas... Llevan el suficiente atractivo para que Yanqui Johnny, si se dedica a lo que él servicio de contraespionaje piensa, preste atención a otra cosa que a los espectáculos nocturnos...

Gidio arrastró una silla, para sentarse al lado de Kery y poder indicarle algunos trazos de las láminas. El contacto de ambos cuerpos había momentos en que era tan íntimo, que podían advertir el temblor de la sangre.

—En las naves de su fábrica se están produciendo piezas corrientes, pero entre ellas existen algunas de estructura tan extraña que muchos técnicos no sabrían explicar su aplicación. Estas piezas, apenas terminadas, suelen desaparecer en la nave secreta, donde ni siquiera su padre de usted podía entrar... ¿Sabía esto?

Kery movió la cabeza, en sentido negativo.

—Tampoco le preguntaba yo a papá cosas que entendía eran reservadas.

—Estas piezas hace tiempo que traen de cabeza a Saurie —continuó Gidio—. Son su obsesión. Si ha entrado alguna vez en ese departamento, ha sido tan rápida su visita, que no acaba de concretar lo que ha visto. No sé si usted lo habrá notado, pero es casi seguro que se pasa el día en su despacho dibujando el contorno de las piezas y tratando de coordinarlas...

—¡Sí! —exclamó Kery—. Ahora me doy cuenta... Muchas veces le he sorprendido dibujando en su mesa, pero nunca le di importancia.

—La tiene. Algunos de esos bocetos han venido a parar a nuestras manos... En todo esto hay algo muy significativo.

Se calló, dando tiempo a que la muchacha se diera cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Qué es? —preguntó Kery, volviendo el rostro hacia él.

Hasta aquel momento, había poseído a Kery una agradable laxitud, oyendo su idioma pronunciado con aquel acento. Ahora, al volverse y sentir sobre su cara los ojos oscuros de Gidio, se turbó. Y se movió en el asiento, para perder el contacto de sus piernas con las de Gidio.

—«Alguien» le da prisa a Saurie. «Alguien» se está impacientando de que los bocetos no lleguen con la coordinación necesaria... Pero una de las láminas que usted le ha mostrado esta mañana...

Gidio señaló la que maquinalmente había cogido Kery, en el momento de sentirse turbada.

—Ésa... Fíjese en la estructura de la carrocería. Insinúa el trazo de un avión. Esta forma en la cabeza es uno de los aspectos que más obsesionan al espía de la empresa «Gibaut». Y es precisamente uno de «fuera», un dibujante que no quiere dar su nombre quien le pone ese relámpago ante los ojos. Ése es nuestro anzuelo...

—Que ha empezado a dar resultado —comentó Belgia—. Ya ha oído los disparos.

Kery se quedó dudando.

—Pero, al ver que desde aquí se les rechaza con tanta dureza, la idea de que los dibujos me los trajo un viejo inofensivo, será imposible de sostenerse...

—De todas formas, poco hubiera durado —contestó Gidio—. Es mejor que sepan que se enfrentan con quien puede contestarles. A partir de ahora, Saurie la mirará con más respeto... Procure atraérselo...

Un brillo de ira se asomó en los ojos de Kery.

—¿Se da cuenta de lo que me pide?

—Sí. Hasta ahora, era él quién se permitía amenazarla. Le debe dar a entender con vaguedades que usted lleva su «negocio» con gente que puede mucho. ¿No fue Saurie quien sacó a relucir el pasado del *gángster*? Aproveche esa oportunidad. Que crea que tras de usted hay una organización tan fuerte como pueda ser la que respalda a Saurie.

—¡Sí, Kery! —intervino Aldo Belga—. ¡Haga lo que le dice Gidio!...

La muchacha entornó los ojos, pensativa.

—Tenerlo intrigado, en constante inquietud, eso es lo que le pido —manifestó el agente.

—De acuerdo —contestó Kery, con entonación llena de firmeza.

—Salvo que ocurra algo muy urgente, mañana por la noche volveremos aquí —dijo Gidio—. Y mejor si no reparan la ventana de la bodega —concluyó, riendo.

La reunión de Saurie era efectivamente de «negocios». Ya en el interior de París dejó el coche y se metió en el metro.

Retrocedió a la zona donde se encontraba la finca de Kery. A pie anduvo un largo trayecto, por una barriada vieja. Enfiló una calle estrecha, de ligera pendiente. Al final adivinábanse temblorosas y macilentas luces, casi ahogadas por el vaho del Sena.

Cerca del río había una taberna. Saurie se levantó las solapas del gabán y se inclinó sobre los ojos el ala del sombrero, y entró.

Apeataba aquella atmósfera. Al colocarse junto al mostrador encendió un cigarrillo. Cuando el hombre que servía se le quedó mirando, el cigarrillo se le escapó de la mano.

El tabernero hizo ademán de cogerlo.

—No. *Encenderé otro...*

—¿Por qué? *Este sirve.*

—*Prefiero otro.*

El tabernero se encogió de hombros. Hizo como que iba a volverse de espaldas. De pronto, mirando a Saurie:

—Estará mejor ahí dentro.

—Como quiera.

Desde una de las mesas situadas en el rincón, tres individuos le miraban, mientras hacían como que jugaban a las cartas.

Saurie pasó por una estrecha puerta. Al momento se vio ante una escalera de caracol.

—Arriba —le indicó el tabernero, volviendo de nuevo al mostrador.

Arriba le aguardaba un individuo bien trajeado, de mandíbula acusada, aladares grises y colmillos de oro.

Era Yanqui Johnny. Sus ojos eran de un gris apagado, que en los momentos de furor adquirían un brillo de acero bruñido.

Saurie, al verlo solo, con cara adusta, preguntó:

—¿No han llegado todavía?

—¿Quién?

—El «viejo»...

Yanqui Johnny se hallaba sentado, con un cigarrillo en la izquierda, las piernas extendidas, mirando fijamente al francés.

—Usted no sabe con quién ha entablado partida. ¿Verdad?

Los dos se expresaban en inglés. El que hablaba el *gángster* tenía un marcado acento yanqui y callejero. El de Saurie, era excesivamente correcto, algo que sonaba para los oídos de Johnny como a alta comedia en un teatro de Londres. Esto por momentos le era más intolerable.

—No entiendo, Johnny. ¿Qué quiere decir?...

—Siéntese —contestó el *gángster*.

Saurie obedeció, sobrecogido por el tono glacial que de pronto había adoptado el americano.

—El «viejo», su «viejo», ha dado una paliza a los dos que han ido por él... Su «viejo», llevaba una metralleta... ¿Quiere explicarme esto?

Saurie no encontró otra salida que hacerse repetir lo ocurrido en el jardín de Kery. Estaba blanco.

—No he venido a París a perder el tiempo —prosiguió Yanqui Johnny—. Usted me aseguró que «Miles» fue eliminado...

—¡Y así es!...

—¿Quién vio su cadáver?... Tengo una referencia muy distinta de la que usted me envió. Se encontraron tres cadáveres, pero uno pertenecía a uno de mis enlaces. Los otros dos eran de los que usted llevaba...

Yanqui Johnny se puso de pie, en un sorprendente movimiento de piernas. Y agarró de las solapas a Saurie.

Ahora fue cuando sus apagados ojos adquirieron un gris fuerte.

—¿Sabe lo que arriesgo?... ¿Tiene idea de cómo recompensar a los que cometen errores?

Lo soltó. Durante unos momentos Saurie permaneció con la cabeza inclinada, babeando.

—Yo quería llevarme a «Miles» vivo, como usted me mandó... Pero me di cuenta de que sabía demasiado. No creyó lo que le dije, de que lo buscaban viejos compañeros... Entonces decidí terminar con él... ¿Estaba mal eso?

Yanqui Johnny había vuelto a sentarse.

—Continúe —autorizó, con sorna.

—LO que usted desea... puedo lograrlo por mis propios medios —siguió Saurie.

—¿De verás? ¿Y qué aguarda?

—Ha habido algunas dificultades para entrar en el departamento reservado... Dos ingenieros con los que yo tenía amistad, han sido trasladados... Pero estoy ganándome la confianza del jefe de ellos...

—¿No tarda demasiado? Recuerde el tiempo que ha transcurrido desde que usted me dio palabra de que esos planos estarían en mi poder. Usted ha hecho que yo me comprometa ante señores a los que no les puedo fallar, como ellos no me fallan a mí... Usted está trabajando para que todos mis resortes salten hechos pedazos... ¿Se da cuenta, Saurie?

Al levantarse y cogerlo de las solapas, Yanqui Johnny se había cerciorado de que no llevaba armas.

—Éstos pueden ser sus últimos minutos —siguió el *gángster*—. El Sena queda muy cerca... Piense en ello.

Saurie estaba seguro de que Yanqui Johnny tenía todo dispuesto para que no saliera vivo de allí. Y empezó a temblar. Y a gemir.

Yanqui Johnny no parecía oírle. Se miraba las uñas. Luego sacó una pitillera y encendió un cigarrillo.

—Usted me dijo esta tarde que había visto algo muy curioso en esas láminas —dijo el *gángster*.

—¡Y es cierto!... ¡Algo de lo que yo he estado buscando estas últimas semanas, lo he entrevisto en esas láminas!... ¡Ese individuo conoce los planos!...

Se interrumpió, ante la mirada fría, de siniestra burla, que Yanqui Johnny le dirigía.

—¿No me cree? —balbució Saurie.

—¿Por qué no? Ha dado usted tiempo para que otros se adelanten... Ya me han hecho saber las personas a quien prometí servir, que verían de procurarse esos planos por otro conducto...

Saurie, transfigurándose, exclamó:

—¡Kery!... ¡Su padre no tenía secretos para ella!... ¡El debió revelarle lo que sabía de ese proyecto!...

Había dicho lo que Yanqui Johnny quería. Lo había asustado para tenerlo a merced suya.

—Es posible que esa mujer se haya estado burlando de usted —comentó el *gángster*—. Ha fingido creer que su padre había muerto,

mientras secretamente se ponía en contacto con él... ¿No ha pensado en ello?

Saurie no podía resignarse a creer que «Miles» viviera todavía.

—¿Qué sabe usted para pensar eso?

—Tengo escuchas en todas partes —contestó el *gángster*.

Era cierto que los tenía. Pero lo que en otras ocasiones había sido una ventaja, ahora amenazaba con volverse un resorte que sólo servía para desorientarle.

Los escuchas de Yanqui Johnny habían trabajado, oyendo y transmitiendo. Pero esta vez eran cosas que convenía a Gidio que supiera.

El veterano de la frontera, Aldo Belgia, esparció a algunos de sus hombres para que sembraran el rumor que convenía.

—Si la chica de «Miles»...

Pero Yanqui Johnny se interrumpió. ¿Por qué «Miles»? Cuando él lo conoció, siendo un muchacho, era Reg Kiebel. Durante una semana estuvo escondido en la casa en que se alojaba el pequeño Johnny. Tenía él unos doce años. Reg Kiebel, unos veinte.

Ya se había hecho el atraco al Banco. Había habido muchas muertes en la retirada, ya con el botín. Una encerrona, por una confidencia.

Durante los días que Reg Kiebel permaneció en aquella casa, el pequeño Johnny le demostró una adoración que hizo que Reg, en un momento de furor, se lanzara sobre el muchacho y se pusiera a abofetearle.

Por aquel entonces, Reg Kiebel no tenía claro por qué sintió deseos de pegar al que lo obedecía como un esclavo. Eso tenía que verlo sobre tierra francesa, ya en guerra. Era el horror de la admiración que producían tipos como él y toda su pandilla, en muchachos como Johnny.

Pero con esas bofetadas, Reg Kiebel no consiguió nada, como no fuera encender un rencor que al cabo de los años tenía que tomar un perfil tan inexorable como el de ahora.

—La chica de Reg Kiebel puede estar pretendiendo ganarle la partida, Saurie —dijo sonriendo Yanqui Johnny—. Yo le pedí que me trajera vivo al padre... Ya que eso no ha podido ser...

No terminó. Antes rompió a reír.

—¡Es curioso, Saurie! No recuerdo que usted me haya dicho ni

una sola vez que se trata de una chica preciosa... Hoy me he enterado que usted la pretende —lo miró de pies a cabeza—. ¡Usted!...

Y volvió a reír.

—Quiero verla —dijo, levantándose—. Y esa entrevista me la va a facilitar usted.

Saurie se quedó moviendo la cabeza, como no comprendiendo. Era la alegría que le producía ver que Yanqui Johnny le concedía la oportunidad de salir de aquel garito.

—¿Yo?... Sería peligroso que usted viniera a la fábrica...

—No se trata de ir a la fábrica, sino al domicilio de esa señorita. Puede decirle que es un viejo amigo de su padre... Pero, hágale saber que no le «conviene» oponerse a mi visita. Como quien no lo hace, dele a entender que sé demasiado del viejo Reg Kiebel...

CAPÍTULO IV

Al mediodía, cuando Kery entró en su casa, se dispuso a telefonar al número que Gidio le había facilitado.

Pero no llegó a hacerlo. Gidio la estaba esperando.

La muchacha ya había advertido en la servidumbre señales de que algo muy importante estaba ocurriendo.

—Me he tomado una libertad que... quizá usted no me perdone. Muy cerca de aquí han herido a uno de mis enlaces. Dejar que la policía francesa interviniera, traería muchas complicaciones. He preferido meterlo en el coche y traerlo aquí...

Kery estaba demasiado preocupada para ver el alcance de lo que Gidio le decía.

—¿NO le molesta? —preguntó el agente, después de aguardar un momento.

—No, de ningún modo. Tal como está la situación, no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar por ustedes. Esta mañana he tenido una entrevista con Saurie... Hay algo que usted no puede imaginar.

—¿De veras? —preguntó Gidio, conteniendo la sonrisa.

—Saurie me miraba al principio como un perro asustado. Luego ha empezado a crecerse. Me ha pedido que esta noche reciba a un viejo amigo de papá...

—¿Qué le ha contestado usted? —La interrumpió Gidio, impaciente.

—No sabía qué hacer, y contesté con evasivas. Entonces, Saurie me ha amenazado con descubrir *todo*... Y no sé por qué esta vez, al decir *todo*, se refería a algo más que a poner al descubierto el pasado de papá.

Gidio asintió primero con un movimiento de cabeza.

—Así es, Kery. Anoche siguieron los pasos de Saurie, cuando salió de aquí. También los de los dos individuos que me tirotearon.

Uno iba herido... Yo ignoraba que hubiese agentes cerca de su finca, aparte de los dos que yo pedí al Departamento, para que protegieran su casa.

Gidio ensombreció el rostro. Ella, al darse cuenta, preguntó:

—¿No lo considera acertado?

—Para un sujeto como Yanqui Johnny, no. Se habrá dado cuenta, y no vendrá.

Kery lo miró atónita.

—Pero ¿es Yanqui Johnny el que ha de venir?...

—Con él se entrevistó anoche Saurie, al salir de aquí.

Refirió rápidamente las maniobras que hizo para burlar a los posibles observadores.

—Es un novato. Yanqui Johnny comete un gran error al confiarse a un torpe como Saurie. No acabo de comprender cómo un individuo tan astuto como Yanqui Johnny, se mete personalmente en una cuestión como ésta, estando por el medio un individuo tan endeble como Saurie.

—Se olvida de los planos. Deben significar mucho para ese hombre...

—No lo olvido. Pero por mucho que signifique, Yanqui Johnny dispone de suficientes medios para encomendar a otros esas gestiones. Que venga a París simplemente porque Bélgica, cumpliendo mis instrucciones, haya dejado correr rumores en el hampa, acerca de un posible competidor... Ese hombre ha debido recelar desde el primer momento.

Parecía en realidad confundido. Tras un silencio, preguntó, ya en otro tono:

—En concreto: ¿Qué ha convenido con Saurie?

—Que esta tarde le contestaría. Pensaba telefonarle a usted, para que decidiera...

Gidio se encogió de hombros, escéptico.

—Diga que acepta... Pero Yanqui Johnny no vendrá. Le conozco demasiado.

—Voy a cambiar de vestido... ¿Qué noticias tiene de papá?

—Excelentes.

—¡Me ha de hablar de él durante el almuerzo!... Porque usted se quedará...

—Vaya a cambiarse de vestido —contestó Gidio, forzando una

sonrisa.

Kery emprendió la escalera que conducía a las habitaciones donde se encontraban los dormitorios. Al ir a pasar por una de las habitaciones principales, la encontró abierta, con alguien dentro.

Kery se detuvo desagradablemente sorprendida. Aquella habitación estaba prohibida para todos. Era la de su padre.

Entró, con un gesto de disgusto. Pero al fijarse en la figura que había tendida en el lecho, con la cabeza vendada, el rostro tapado por las vendas, Kery palideció.

Y fue acercándose, agobiada por la tromba de ideas que se había levantado en su cerebro. Tenía miedo de preguntar.

Las aberturas que dejaban las vendas en los ojos y en la boca, no permitían reconocer nada, ni el color de los ojos.

—¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Si fuera...!

Salió una voz que parecía hecha con trozos de papel de lija.

—Acertaste, Kery...

La muchacha cayó de rodillas junto al lecho, sin osar tocar al herido. Incluyó la cabeza, pegando la frente contra la cubierta de la cama, y rompió en sollozos...

Durante todo el día, Yanqui Johnny se dejó ver en distintos sitios de París. Pero tan pronto oscureció, se retiró al hotel, diciendo que iba a vestirse para asistir a una cena. Y ya nadie lo vio salir del hotel. Por lo menos, nadie lo vio salir por la puerta principal.

La cena era en casa de Kery. Todo estaba a punto, cuando sonó el teléfono.

Era Saurie, quien preguntó si el «invitado» se había presentado ya.

—No —contestó Kery—. Lo natural es que se presente contigo... ¿Es que ocurre algo?

Al otro lado de la línea se oyó un balbuceo. Luego, como si Saurie sacara fuerzas de flaqueza, manifestó que tardarían un poco en llegar, pero que irían.

Tardó una hora. Se presentó con un «invitado», pero no era Yanqui Johnny.

—El señor Sanders, americano... Ingeniero. Ocupa un gran cargo en una fábrica de aviación de su país.

—Encantada —dijo Kery.

—Antes de sentarnos a la mesa —siguió Saurie, que parecía

acometido por una gran impaciencia—, desearíamos que nos mostraras las láminas que tanto me han gustado.

—Lo suponía —contestó la joven.

Tanto el invitado como Saurie parecían deslumbrados por la belleza de Kery. Acababan de verla descender por la escalinata, llevando un vestido de noche que dejaba al descubierto sus bellos hombros, y resaltaba el sugestivo contorno del busto.

Para Saurie, aquella noche, Kery parecía una muchacha nueva, desconocida. Sus ojos no se apartaban de la hermosa garganta, de trazo de cisne. Había algo de demoníaco en la mirada de Saurie.

Ya estaban en la puerta de la biblioteca, cuando cambió de idea.

—¿Por qué no cenamos primero? —preguntó, mirando a Kery y al invitado.

De repente se le había despertado el deseo de prolongar aquel momento, en que podía contemplar la bella garganta de Kery. La imaginaba bajo la cuchilla de la guillotina.

—Yo entiendo que sería mejor —dijo ella.

Se encaminaron al comedor. En una de las puertas laterales apareció un criado de frac, joven, moreno, de ojos oscuros. Saurie se quedó mirándolo, intrigado.

El criado inclinó levemente la cabeza, cuando pasaron, y se retiró.

Los que se encargaron de la mesa eran conocidos de Saurie. Pero a mitad de la cena apareció otro criado, de rostro arrugado, que parecía pasarlas muy mal embutido en el frac.

Saurie lo tenía enfrente y ambos no dejaban de mirarse.

—Observo que has renovado la servidumbre —dijo Saurie.

—He empleado a dos nuevos. ¿Por qué?

—¿Son de confianza? —Y miró al «invitado»—. Comprenda, señor Sanders. En esta casa se habla a veces de cosas muy importantes para el país...

El «invitado» permanecía callado. La cena terminó rápidamente. De pronto, a Saurie le volvió a acometer la prisa.

—¡Las láminas!... ¡El señor Sanders está muy interesado en verlas!...

Kery, sonriendo, se levantó de la mesa y los dos hombres echaron detrás. Al llegar a la puerta de la biblioteca, se detuvo y se volvió cara a ellos, para decir:

—Hay nuevas láminas.

—Interesan las que me enseñaste en el despacho.

—Muy bien.

Pero momentos después, cuando Kery hubo extendido cinco láminas sobre la mesa de la biblioteca, Saurie quedó como petrificado.

—¿Qué te ocurre? Ahí están las tres que viste ayer —dijo Kery.

Saurie tragó saliva. Y mirando a Kery, fue contrayendo el rostro, en un gesto de feroz burla.

—Kery: Te presento al señor Sanders... Inspector de la OTAN.

Esperaba que la muchacha cambiara por lo menos de color. Pero ni siquiera perdió la sonrisa.

—¿Ya no es ingeniero?

—Sigo siéndolo —contestó el interesado—. Pero, además, tengo este otro cargo.

Saurie se había inclinado sobre las dos nuevas láminas. Parecía enloquecer de rabia y alegría. En las nuevas láminas se esbozaba un motor. Y un extraño fuselaje...

—Pero ¿se da cuenta, inspector?... ¡Parte de ese motor lo estamos produciendo en nuestra fábrica! ¡SECRETAMENTE!... —gritó Saurie.

Soltó una carcajada. Al volverse, vio al criado joven en la puerta de la biblioteca.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, dando unos pasos hacia él.

Era Gidio. Saurie estaba tan ofuscado que no advirtió que ya no vestía frac, sino americana.

—Soy el autor de esos dibujos —dijo, con intencionado acento italiano—. La señorita me dijo...

—¡Usted!... —exclamó Saurie.

En seguida volvió la cabeza, mirando a Kery, recelando.

—¡Es una aña gaza para librarte de responsabilidades! ¡Los dibujos los has hecho tú!...

—¿Qué dices de responsabilidades, Saurie? —preguntó Kery.

—¡Has copiado planos secretos! ¡La dirección de la empresa juró no investigar en la nave reservada!...

—¿Y quién lo ha hecho? —volvió a preguntar Kery, sin perder la calma.

—¡Tú!... ¿Vas a negarlo? ¡Ahí están las pruebas!

Señalaba las dos nuevas láminas. Kery rompió a reír.

—¡Pero, Saurie!... La idea de estas imágenes es tuya. Hacía tiempo que te veía obsesionado con estos dibujos. —Kery, como distraídamamente, apoyó una mano sobre una carpeta que había sobre la mesa.

—¿Qué dibujos?

—Éstos.

Abrió la carpeta y aparecieron varios papeles con dibujos a lápiz y palabras escritas nerviosamente.

—¡Ésos no son míos!...

—Lo son, Saurie... Los tirabas al cesto y papá los recogía, pensando en darte una «sorpresa». Lástima que no pueda estar presente —y dejando de ocuparse de Saurie, miró al inspector y dijo —: Ahí tiene el esqueleto de una potente máquina... Faltaba el arte que lo vistiera. Analice las láminas y los apuntes y vea si corresponden unos a otros.

En cualquiera de los papeles se veían letras trazadas al desgaire. «Línea transversal, dudosa...». Ésta era la única frase completa.

Saurie estaba lívido. Iba retrocediendo al fondo de la biblioteca, como si esperara que allí surgiera una puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Kery.

—¡Nada conseguirás con esto, sino hundirte en el oprobio!... ¡Serás condenada, como espía!... ¡La hija del *gángster*!...

El que había sido presentado primero como ingeniero americano, y luego como inspector de la OTAN, procedía a recoger las láminas y los dibujos.

—Tendrá que acompañarme, señor Saurie...

Gidio observaba a los dos. Saurie iba a prorrumpir en un grito de protesta, pero el que había recogido los dibujos dio unos pasos hacia él, para evitar que la muchacha y Gidio le vieran la cara, y Saurie se calmó.

Demasiado de prisa se tranquilizó. Había desaparecido el terror, asomando una alegría demoníaca.

—Debe acompañarme, señor Saurie —repitió en un inglés de acento yanqui.

Gidio comprendió que algo le había transmitido con el gesto.

—Antes de que salga ninguno de los dos, habrá que cumplir una pequeña formalidad —dijo Gidio, colocándose en sitio en que podía

cortarles el paso.

Sanders se volvió. Era un tipo cuadrado, de cara larga y mejillas hundidas. Mirando duramente a Gidio, preguntó:

—¿Qué clase de formalidad?

—He de cerciorarme de que mis láminas se las lleva efectivamente una autoridad...

—¿Y quién diablos se cree usted...? —prorrumpió Sanders, fingiéndose indignado ante la mayor impertinencia.

Pero su mente trabajaba de prisa. Miraba a la puerta de la biblioteca y trataba de oír los ruidos que pudieran estar produciéndose fuera.

—¡Está bien! ¡Ahora serán todos los de esta casa los que van a sentir el peso de la Ley!...

—Su credencial, señor —le interrumpió Gidio, calmamente, dando unos pasos hacia él.

Allá atrás seguía Saurie, con la espalda pegada a la pared. El era de todos los presentes, el más sorprendido.

Sanders, haciendo como que meditaba, dijo:

—Habrà que hacerle caso.

—Desde luego —contestó Gidio.

—Verá la credencial.

Se volvió, para dejar la carpeta sobre la mesa. Kery permanecía atenta a las reacciones de Saurie. Ella no podía ver los gestos del que se decía inspector.

Saurie miraba a Sanders. Otra vez éste le transmitió una consigna y Saurie se apresuró a obedecer, dirigiendo una mano a la parte trasera, donde llevaba una pistola. En ese momento, Sanders giraba, habiendo sacado una pistola de la sobaquera.

Pero Gidio le estaba esperando, arma en mano.

—¡Mi credencial! —Rugía Sanders, en el momento de volverse.

—Y la mía —contestó Gidio, disparando.

Tuvo que apretar el gatillo dos veces. Sanders, aún herido, iba a dispararle. El segundo proyectil lo fulminó.

Pero en la biblioteca hubo dos detonaciones más. Saurie había sacado el arma, dispuesto a disparar contra Gidio y contra Kery. Quizá, luego, lo hubiera hecho contra el mismo Sanders.

Porque el pánico lo estaba enloqueciendo. Al ver que Yanqui Johnny no aparecía, para ir a la finca de Kery, Saurie pensó en

cubrirse contra cualquier maniobra, tanto de la policía como del *gángster*, y desde su casa pidió comunicación con un departamento oficial.

A los pocos minutos se presentó Sanders, enseñándole documentos que lo acreditaban como inspector de la OTAN. Estaba Saurie demasiado nervioso para reparar en detalles.

Fue en la biblioteca, en el momento en que, Sanders le hizo un guiño para que no se resistiera en salir con él, cuando comprendió que había caído en la trampa que él mismo había querido tender a Yanqui Johnny.

Supo que el *gángster* tenía intervenido su teléfono. Que se había colocado en la sombra, para observar a todos.

Sacó el arma dispuesto a colaborar en el exterminio de Gidio y Kery...

Apenas se fijó en los movimientos de la muchacha. Ella se había limitado a apoyar una mano en los libros que había en una estantería.

Pero en el momento que Saurie levantó el arma, de la mano que Kery tenía sobre los libros irrumpieron dos llamaradas.

Un proyectil atravesó el brazo armado de Saurie. El otro le destrozó el hombro. Emitió un lacerante grito y miró enloquecido a Kery.

—¡Si sabías que soy hija de *gángster*, perro cobarde!... — prorrumpió la muchacha, ronca de ira.

Aldo Belgia entró en la biblioteca. Empuñaba una metralleta.

—¡En el jardín se ve gente! ¿Qué hacemos?

—¡Lo convenido! ¡Apaguen las luces y no abran a nadie! — contestó Gidio.

Belgia, antes de retirarse, dirigió una mirada de aprobación a Kery.

—Vaya a tranquilizarlo —dijo, saliendo.

—¡Sí! ¡Voy a decirle que todo ha ido bien! —contestó la muchacha.

Gidio se encontraba inclinado sobre el cadáver de Sanders, registrándolo. No le encontró nada que pudiera interesarle.

—Si hubiera sido verdaderamente un inspector... —dijo Kery, acercándose a Gidio.

—¿Qué puede inquietarle? La previsión de su padre al guardar

los apuntes de Saurie, los cubren de toda responsabilidad.

Fue adonde estaba el herido, quien se había encogido, a punto de desmayarse. Dos criados se encargaron de él.

Kery se dispuso a subir a la habitación donde aguardaba su padre. Gidio lo acompañó hasta el pie de la escalera.

Ella, ya situada en el primer peldaño, se volvió, y se quedó mirándolo fijamente.

—Ha tenido usted mucha serenidad, Gidio, aguantando hasta el final...

ojos...

Las últimas palabras las pronunció con cierto resquemor, que no pasó inadvertido para Kery.

—Tenía que pensar en cosas más serias —contestó ella, sonriéndole, envolviéndole con la mirada.

—Pensar en su belleza es bastante serio —dijo Gidio, mirándola a los ojos garzos, y a los labios, de un trazo perfecto.

El vestíbulo y todas las habitaciones próximas al exterior, tenían las luces apagadas.

En el jardín se oyeron disparos.

—¡Vaya arriba! —indicó Gidio.

Ella tenía la carpeta con los dibujos.

Kery estuvo unos momentos vacilando. Se apreciaba en su busto la alteración que la poseía, como si ahora estuviera cruzando por los momentos más difíciles, y no antes, en la biblioteca.

—No se exponga demasiado —murmuró.

Gidio ya estaba volviéndose de espaldas, Se quedó mirándola, gratamente sorprendido.

—¿Por qué?

—Policías buenos, hay muchos... Dibujantes como usted, no...

Gidio hizo un gesto de cómica resignación.

—Eso creí yo de muchacho.

Se fue corriendo. Kery emprendió la escalera, sintiéndose cada vez más abatida, como si todo de pronto marchase mal. Ya en la habitación de su padre, cerró la puerta, extinguió la luz y se asomó a una ventana que daba al jardín.

Los disparos, de pronto, habían dejado de oírse. Nada veía y retrocedió, hasta situarse junto al lecho de su padre.

—¿Por qué has apagado la luz?

—Para que no me vieran. Gidio lo mandó.

Explicó lo ocurrido. «Miles» permanecía sentado en la cama con la cabeza y el rostro lleno de vendas.

—Gidio ya suponía que no vendrían solos —dijo «Miles»—. Y me explicó que tenía a unos cuantos agentes apostados, con la misión de dejar pasar a todo el que quisiera entrar en el jardín. Pero que ninguno tenía que salir... a no ser que conviniera...

—¿Que conviniera?

—Sí, para seguirle. Y es lo que seguramente han hecho.

—¡Pero si esperan encontrar a Yanqui Johnny, es pensar que ese individuo se ha vuelto tonto!...

—Gidio sabe demasiado que es astuto. No confía en encontrarle, pero sí en destruirle los medios que puedan proporcionarle una coartada. Lo batirán en todos los reductos de París, durante esta noche y mañana. Y en los días que sea menester. Interpol, la Sûreté, el F.B.I. y cuántos organismos crean tener algo que cobrar a ese individuo, colaborarán para no dejarlo respirar. En las horas que quedan de esta noche se va a convertir en un proscrito.

Se exaltaba y tuvo que hacer una pausa. Kery, después de mirar el cruce de vendas que cubrían el querido rostro, murmuró:

—No quiero desilusionarte, papá... Pero tampoco quiero que peques de optimista. Yanqui Johnny recurrirá en último término a los conductos del hampa.

—¡Ahí lo esperamos! —exclamó «Miles», más exaltado todavía.

—¿Quién? ¿Tú?

—¡Yo! ¡Y Bélgica!... ¡Y otros que tienen cuentas pendientes con él! ¡Yanqui Johnny... teniendo que ir a pie... teniendo que esconderse en cabañas!... ¡En ese terreno le esperamos!...

Kery lo miró asustada. Su padre de pronto había dado pruebas de una gran energía. Parecía que iba a saltar de la cama y correr escaleras abajo.

—¡Papá! ¿Qué te ocurre? ¡Deja que la policía haga su labor! Por suerte tenemos a Saurie vivo. Será una gran prueba contra Yanqui Johnny. No hará falta más que ese individuo no tenga más remedio que vivir en la sombra. ¿Por qué habías de meterte tú?

Tras un silencio, «Miles» dijo, apagadamente:

—Yanqui Johnny buscaba los planos del motor. Pero sobre eso, había más: me buscaba a mí. ¿Por qué? Si es por el pasado... nuestro golpe al Banco se efectuó sin derramamiento de sangre. Fue en la retirada, cuando hubo muertes. Se nos esperaba. Hubo un confidente. Y es posible que ese individuo, piense que fui yo. Eso duele, Kery.

—¡Ya lo sé, papá! Pero los que te conocen no pueden pensar que fuiste tú.

—Eso es lo quiero: que Yanqui Johnny me conozca.

Estaba muy lejos de imaginar «Miles» que Yanqui Johnny le conocía, de cuando Johnny era un chiquillo y recibió unas

bofetadas por su excesiva admiración al Reg Kiebel que acababa de presenciar cómo caían los compañeros de pandilla, bajo los disparos de la policía.

CAPÍTULO V

Yanqui Johnny, al recibir la noticia de que Sanders no había salido del edificio de Kery, se dirigió a la camioneta que aguardaba cerca del bar.

Al momento arrancó. Yanqui Johnny durante unos minutos pareció dormido. Ni se preocupó de la dirección que había tomado el que llevaba el volante.

Pensaba en su carrera de éxitos. En las críticas que había hecho de algunos anticuados jefes de organización. Algunas veces, había tenido réplica. «No te hinchas demasiado. Siempre aparece un alfiler insignificante, que te hace estallar».

Un alfiler. En esto pensaba. ¿Qué nimio motivo le había impulsado a cometer imperdonables torpezas? El afán de aparecer ante Reg Kiebel. Cuando lo supo con otro nombre, nacionalizado francés, respetado por el mundo financiero, este deseo de aparecer ante él se hizo por momentos más incontenible.

Un alfiler. Un viejo rencor. Eso creía Yanqui Johnny. Un afán de aplastar a la figura que de niño admiró.

Cuando la camioneta se detuvo frente a un bar de los suburbios, el «*gangster*» se apeó sin mirar dónde se encontraba. Le importaba poco mirar nada. Se había confiado a gente que no conocía, que ni siquiera sabía cómo tratar para que rindiera más.

París no era su campo de lucha. Tenía que salir cuanto antes.

Y como en noches anteriores, volvió a subir la escalerilla de caracol, para meterse en la habitación donde tuvo una entrevista con Saurie.

Se sentó frente a una mesa donde había una botella de *whisky* y tres vasos. Durante algunos minutos estuvo solo.

Iba por el segundo vaso cuando oyó pisadas en la escalera. Y una cancioncilla francesa, silbada muy bajo.

Era Pinget, su hombre de confianza en París. Yanqui Johnny

empezó a reaccionar. Y en unos segundos volvió a ser el hombre seguro de Nueva York, y de Roma, y de Nápoles...

Pinget era lo que Johnny fue cuando niño: un ferviente admirador del *gángster*.

Apareció con cara torva. En la frente tenía un roce de bala.

—¡Es incomprensible!... Dentro de la casa se han puesto a disparar. ¿Es que Sanders se ha vuelto loco?...

Así empezó Pinget, sentándose frente al «boss» y llenándose un vaso, que apuró de un trago.

Yanqui Johnny había entornado los ojos. Le fulgían inexorables.

—¡Cobardes!... ¡Cerdos!...

Pinget abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Johnny!... ¡No ha habido cobardía!... ¡Es que Sanders no debió disparar!... ¿Por qué lo ha hecho? El debió limitarse a recoger las láminas y a decirle a la señorita Bardin que le acompañara. ¡Eso no podía fallar!... Tanto si era culpable, como inocente, ella tenía que seguirle.

—¡Imbécil! ¡Me he dejado llevar por vosotros!... ¿Por qué tenía que seguir a Sanders? ¡Saurie me estaba traicionando!... ¡El ha podido traer a la policía detrás!...

Pinget no se atrevió a decir que la policía, efectivamente, rodeaba la finca y que a duras penas había conseguido escapar. Temía decirle que aquel refugio no era seguro.

Desde abajo dieron la señal de alarma. Esto evitó a Pinget dar explicaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Yanqui Johnny, dando un salto de tigre, con la pistola en la mano.

Pinget se acercó a la boca de la escalera y quedó escuchando, haciendo con una mano señas a Johnny para que permaneciera quieto.

Abajo se había hecho el silencio. Un silencio muy significativo, pues el local estaba muy concurrido.

Pinget retrocedió al lado del «*gángster*». Señaló la ventana.

—No hay más que saltar. En la orilla tengo gente.

El Sena pasaba rozando la parte trasera del edificio.

—¡Tu gente!... —empezó Yanqui Johnny, haciendo una mueca de repugnancia.

Pero se contuvo. Por mala que fuera, tenía que valerse de ella,

para salir de aquel garito, y de París, y de Francia. ¡Si alcanzara la frontera de Italia!...

—¡La gente es buena, Johnny!...

Abajo se oía un rumor de conversaciones nerviosas. Pinget volvió a la boca de la escalera y en seguida retrocedió.

—¡La policía!... ¡Salte por la ventana tan pronto apague la luz!...

Por unos segundos el recelo se pintó en el rostro de Johnny.

—¿Y tú?...

—Los pararé... todo lo que pueda...

Era la fidelidad del perro. La misma que Johnny sintió un día por Reg Kiebel. Y él hizo algo peor que abofetearle.

—¡Sirve para algo!...

Pinget no pareció captar el sarcasmo. Esperó a que Yanqui Johnny se acercara a la ventana, y apagó la luz.

Oyó la zambullida. Y por si los de abajo la oían también, hizo un disparo, por la boca de la escalera. Se oyó el proyectil astillando los escalones de madera.

De abajo contestaron con varios disparos. Luego, aprovechando un silencio, anunciaron:

—¡Se va a rodear la casa!...

Pinget hizo otro disparo, para atraerles a aquel punto solamente, para darles la sensación de que no había más sitio de salida que aquella escalera.

Retrocedió a la ventana y se asomó. Nada se veía, excepto la franja del río, un poco más clara.

Volvió a la boca de la escalera e hizo un disparo.

Le contestó una ráfaga, que le buscó las piernas. El agente había ido deslizándose pegado a los escalones, en los segundos en que Pinget se apartó de la escalera.

El individuo se desplomó, con las piernas segadas, emitiendo un alarido que se oyó desde la otra orilla del Sena.

Abajo, en la taberna, este grito desmoralizó a los que hasta aquel momento se habían negado a hablar.

—Arriba... está Yanqui Johnny...

No estaba ya, pero a la policía le bastaba con que hubiese testigos de que el *gángster* estaba complicado en aquella refriega.

La «legalidad» de que había gozado hasta aquel momento había

terminado...

Durante varios días, la Prensa se ocupó de la persecución de que era objeto el cabecilla. Entonces salieron a relucir muchos de los «negocios» que Yanqui Johnny dirigía, o que se suponía dependían de él.

Ningún periódico hizo la menor alusión a los planos del nuevo aparato. Esto era suficiente para que Gidio se sintiera satisfecho.

Saurie estaba detenido. Su vida privada era lo suficiente turbia para que los periodistas no quisieran ir más allá de lo que la realidad les presentaba a primera vista. Se corrió el rumor de que estaba mezclado en un negocio con Yanqui Johnny, para introducir en el país estupefacientes, y se dedicaron a llenar cuartillas, hablando de un «ajuste de cuentas» entre compinches.

Pero secretamente se le interrogaba sobre la cuestión de los planos. No tenía escapatoria, porque los bocetos hechos por él le cerraban todos los caminos.

Había intereses de alta política y se pensó, para la hora de juzgarle, soslayar el asunto de los planos. Pero Saurie no supo esperar. Y una mañana apareció muerto en su lecho.

Se había envenenado. Y no hubo interés en averiguar quién le había proporcionado el veneno, ni la heroína que se encontró en su celda.

El parte facultativo hablaba de su muerte como consecuencia de las heridas.

Por esas fechas, Kery y su padre ya no se encontraban en París...

«Miles» aguardó en el lecho solamente dos días, después que Yanqui Johnny fue declarado perseguido por la Ley.

Esperó a que Gidio llegara de la calle.

—¿Nada contra mí todavía? —preguntó.

—¿Es que lo desea?

—Deseo salir de esta duda. Si no hay nada contra mí, ni contra mi hija, dejaremos París.

—Aquí tiene buenos doctores.

—Hay demasiados curiosos. Mi cara necesitará una reparación. ¡Es preciso que me marche!...

Kery y Aldo Belgia aparecieron en la habitación. Gidio se quedó mirándolos.

—¿Qué han tramado? —les preguntó.

Aldo Belgia se encogió de hombros y miró al techo, poniendo cara de inocencia, que no le sentaba.

—«Miles» me ha pedido respirar aire limpio y yo le he dicho que él ya sabe dónde encontrarlo.

—En la frontera, ¿no? Ustedes sueñan con que Yanqui Johnny llame en uno de sus refugios, pidiéndoles que lo acojan...

Otra vez Belgia movió los hombros y miró al techo.

—Yo no sé nada... Lo único que sé es que mis hombres están cansándose de esperarme. Este «descanso» ha durado demasiado y he decidido marcharme... ¿Quién va a impedirlo?

—No seré yo, desde luego —contestó Gidio.

—¿Y qué inconveniente hay en que «Miles» y su hija vengan conmigo? ¿Eh? Si nada existe contra ellos, ¿qué hay de malo en que me acompañen? ¿Eh?

Todo este diálogo se desarrollaba en italiano, muy rápido. Gidio salió por sus fueros latinos, y empezó a gesticular, para arrollar a Belgia con ademanes tanto como con palabras.

—¡Eres un zorro estúpido, un contrabandista de pacotilla, que no se resigna a pasar a la chatarra!... ¿Qué demonios vas a hacer en la frontera? ¡Tu gente ya estaba contaminada por la traición! ¿Te olvidas de Brusco? ¿Te olvidas de la nota que encontré en su ropa?

Aldo Belgia enrojeció, como si él fuera el culpable.

—La nota no prueba nada... Has podido inventarla tú, o tus compadres... Los «sabuesos» tenéis cosas así.

Gidio endureció el gesto.

—Está bien, Belgia... Yo inventé la nota. Yo procuré llegar tarde a la cabaña...

El viejo contrabandista se golpeó en la boca.

—¡No he querido decir eso!... —Y dando unas zancadas, se colocó a los pies del lecho, donde se encontraba «Miles», sentado—. ¡Ayúdame!

—¿A qué?

—¡A que no nos ponga obstáculos!...

—¡No voy a poner ningún impedimento! —declaró Gidio. Y mirando a Kery—: Si usted no lo ha hecho, ¿por qué había de intentarlo yo?

La severidad con que él la miraba, afectó a Kery.

—¡No se precipite a juzgarme! ¡Si usted cree que es fácil manejar a ese par de mulos viejos, se conoce que no los ha tratado!... ¡He razonado, he suplicado!... ¡Pero los dos se irán a la frontera! Y no me ha quedado más recurso que ir con ellos...

—Llévese el equipo de esquiar. Puede que tenga ocasión de demostrar sus cualidades de campeona...

Kery parpadeó, un poco desconcertada por la dureza con que él le hablaba. Hasta aquel momento, habían marchado de acuerdo.

Ella no podía imaginar que Gidio se sentía disgustado consigo mismo más que con los demás.

—¿Cómo sabe que he sido algo esquiando?

—¿Estuvo en tu habitación el día que vinimos con tu padre? Ventajas del «carga» —manifestó Belgia.

Los ojos de Kery relampaguearon.

—¿Escudriñó en mis cosas?

Era una broma de Belgia, que ninguno de los dos jóvenes supo encajar. Gidio miró al viejo contrabandista, pero no le dijo nada.

—Si hubiera habido necesidad de hacerlo, no le quepa duda que lo hubiera hecho... En cuanto a que sepa que usted ha sido campeona de esquí, la Prensa se encargó de jalearlo...

—¡Pero eso hace dos años!...

—Tengo buena memoria.

Se desentendió de la muchacha y se acercó al lecho.

—Regreso hoy mismo a mi país. Mi misión ha terminado.

Siguió un silencio. El herido miraba a su hija, quien había palidecido, y a Belgia.

—¿Por qué no nos dejáis unos momentos? Tengo que decirle algo a este muchacho... sobre mi pasado, por si alguna vez le llega al departamento algo sobre mí.

Era verdad que quería hablar de los tiempos negros. Pero también del momento que estaban viviendo.

Belgia cogió de un brazo a Kery y se la llevó. Apenas cerrarse la puerta, «Miles» dijo:

—¿Sabes que estuve a punto de romperte la cabeza, el primer día que te agregaste a la cuadrilla de Belgia?

—¿Por qué? Me presenté a usted con cartas descubiertas. Belgia ya le dijo que era agente...

—No es por nada del carga. Es que registré en tu mochila... Y

allí encontré una foto que yo echaba de menos. Precisamente la que se refiere a Kery, en el momento en que recibe el trofeo de campeona de esquí. La sacaste de mi cartera... ¿Cuándo?

Gidio se azoró.

—Días antes. Estaba yo en la misma posada que se encontraba usted. Precisaba observarle... No me decidía a encargarme de esta misión.

—¿Por qué?

—Hace cuatro años... estuve en su oficina, para ofrecer mis dibujos. Esperé varias horas. Usted se encontraba reunido con varios técnicos... Luego...

Luego, cuando parecía que iba a ser recibido, entró una preciosa muchacha. Cruzó el antedespacho, sin mirar a nadie, y al momento reapareció, al lado de «Miles».

—Se marcharon... Con el poco dinero que me quedaba, emprendí el regreso a mi país.

—Nada justifica esa fuga.

—Mi desaliento... Ya en mi patria dejé la publicidad como una liberación. Y me encontraba en país extraño, haciendo antesala para ofrecerme a hacer trabajos de publicidad. Usted no puede darse cuenta de lo que estos escrúpulos llegan a veces a atormentar...

—Bien... No es difícil comprenderlo. Pero ¿qué tiene que ver eso con que tuvieras que registrar la cartera que tenía bajo el colchón, en mi habitación de la posada? ¿Buscabas pruebas de mi culpabilidad en esa cuestión del aparato?

Gidio perdió todo azoramiento. Miró fijamente a la cara vendada. Las aberturas de los ojos y de la boca ya eran muy grandes.

—Tenía la convicción de que en ese asunto era inocente.

—¿Qué buscabas, entonces?

—Algo que pudiera explicarme por qué Yanqui Johnny lo había convertido en su obsesión.

La sorpresa fue para «Miles». Avanzó el tronco hacia los pies del lecho, donde se encontraba Gidio.

—¡Tú no podías saber entonces que Yanqui Johnny me tenía en su lista!...

—El F.B.I. envió al departamento al que pertenezco un informe sobre las gestiones que Yanqui Johnny había hecho sobre el

«desaparecido Kiebel».

Siguió un prolongado silencio. «Miles» había inclinado la cabeza, pensativo.

—¡No he de cejar, hasta dar con él!... ¡Ojalá no se me anticipe nadie! —Levantó la cabeza—. ¡Tú! ¡Júrame... que si lo encuentras antes que yo!...

Gidio movió la cabeza negando. Luego dijo:

—No juro nada... Si cuando me encuentre ante mi superior, se me encarga buscar a Yanqui Johnny, lo haré, sin esperar el paso de nadie...

Hubo otra pausa. «Miles» seguía con la cabeza levantada. Se veía el fulgor de los ojos fijos en Gidio.

—Te creía mi amigo...

—Lo soy. Ya lo era cuando estuve en la posada. Yo sabía cómo se había portado usted en este país, cuando tantos fallaban... Vacilaba en aceptar la misión que se me encomendaba, precisamente por temor a chocar con usted y con el viejo Belgia. A esa foto que echa de menos se debió que aceptara —declaró, con toda franqueza.

—¿Por qué?

—Hace cuatro años... ¡Bueno! ¡Esto no viene al caso!...

—¿Ya entonces te gustó?

—Sí.

—¿Y ahora? Mi hija parece ciega... En las láminas has pintado una chica que es Kery, tal como está en algunas de las fotos que llevaba en mi cartera.

—¿Para qué buscar otro modelo?

—Tienes razón —convino «Miles» con sorna—. Ahora, sobre algo que quería decirte de mis tiempos negros...

—Eso está muerto para la policía.

—Pero yo le estoy hablando al amigo. Quiero referirme al botín. Los dólares que pudieron perderse, fueron devueltos al Banco, enviados por mí, años después... ¡Y te juro que de aquella acción no saqué un solo centavo!... Pero sí una dura lección... Tuve la suerte de sobrevivir, y de encontrar a una gran mujer. Lo que luego ha ido dando la vida...

Gidio, sonriendo, se le acercó, tendiéndole una mano.

—Por favor... Deje de hablar de eso.

Después de estrecharse la mano, dijo «Miles»:

—Yo no considero esto una despedida.

—Pues lo es.

Salió de la habitación. Afuera estaban Belgia y Kery, paseando, los dos callados.

Al aparecer Gidio, se quedaron quietos, expectantes.

—Me marchó —y tendió primero la mano a Belgia—. Si en la nieve te hundes, será culpa tuya.

Se volvió rápido, para dirigirse a Kery. Los ojos de la muchacha se hincaban en los de Gidio.

—Usted me dijo que yo ponía más alma en los dibujos que no trataban de automóviles... —empezó ella, queriendo entablar conversación.

—Eso me dicen los cuadros que he visto en su casa.

—¿Se dirige a Roma?

—Sí. Para salir en seguida.

—¿Hacia dónde? —preguntó Belgia, queriendo ayudar.

Gidio pareció no oír. Y tendiendo una mano a la muchacha:

—No olvide el equipo de esquí. En cierto lugar yo sé que daría el golpe. Se había mucho allí de usted y es ahora cuando aquello está en su apogeo...

Kery creyó captar una consigna, como si Gidio, no pudiendo decir claramente a dónde se dirigía, se lo diera a entender hablándole de su deporte favorito.

—He estado en muchos lugares esquiendo...

—Como en «Gruta Blanca», no.

Después que Gidio hubo desaparecido por el extremo del corredor, en busca de la escalera, Belgia y Kery permanecieron quietos, callados.

—Yo he «trabajado» mucho tiempo en ese sector de la frontera —dijo Belgia—. Pero no había los hoteles de ahora...

—«Gruta Blanca» está aislado... Existen otras construcciones, pero lejos.

—Gidio quiere que vayas allí. Quizá sea por la seguridad que aquello ofrece. ¿Le hacemos caso?

Kery estaba por momentos más segura que Gidio le había indicado aquel sitio para que la despedida no fuera definitiva.

—¡Yo sí pienso ir!... ¡Y llevaré a papá!...

—Está bien. Haré que mis hombres se movilicen hacia esa parte.

En la habitación del herido, Kery y Belgia no aludieron para nada el sitio adonde tenían que ir. La tranquilidad con que parecía desenvolverse la muchacha, desconcertó al padre.

—Pensé que... sentirías la marcha de Gidio. Dejamos escapar al mejor dibujante con que podía contar la empresa...

—La empresa ya tiene los suyos. Y si no encuentra mejores, no me preocupa. A partir de ahora, tú y yo nos desligaremos del Consejo de Dirección. Si hay trabajos secretos, lo mejor es permanecer lejos de la quema —y rompió a reír.

—Entonces, ¿qué vas a emprender ahora?

—De momento, mientras tú te restableces y respiras aire limpio, esquiare...

CAPÍTULO VI

De noche se concentraban en la aldea gentes que durante el día habían permanecido esparcidas en las nevadas vertientes, donde estaban los refugios de los turistas.

La mayoría era personal que realizaba algún trabajo en los hoteles y cabañas, o se ocupaba de atender las pistas donde los deportistas practicaban.

De noche era cuando la aldea salía por sus fueros, presentando una gran competencia a los hoteles perdidos en las alturas. Aquello bullía de locales abiertos a toda clase de diversiones.

Los coches descendían de los más alejados refugios para permanecer un par de horas en la aldea, alternar con otros turistas alojados en hoteles muy distantes, concertar excursiones, o desafíos de esquí, y marcharse sobre los potentes vehículos en que habían llegado.

En esas horas en que los turistas y los que vivían de atenderlos se cruzaban, incluso se sentaban a beber ante la misma mesa, era cuando salía a relucir todo cuanto había ocurrido en la comarca en las últimas horas.

Aquella noche, por primera vez en varios días, nadie se entretuvo en dar noticia de los turistas recién llegados, o los que acababan de marcharse.

Tampoco nadie se acordó de mencionar algo que durante la pasada le hubiese llamado la atención, acerca de disparos en los montes fronterizos. Hablar del eco de disparos entre las patrullas de la frontera y los contrabandistas, era tema para cuando no hubiera otra cosa de que ocuparse.

Y ahora había algo muy apasionante de que tratar. Se aproximaba una competición, como mero entreno, de algunas figuras que iban a participar en los campeonatos mundiales de esquí de Chamonix.

Habían coincidido algunas figuras del deporte de nieve, que ya no se presentaban a las competiciones. Casi todas estas figuras llevaban a su apadrinada, para darle los últimos alientos antes de que se presentaran a la prueba donde tendrían que medirse con las mejores esquiadoras del mundo.

Esta oportunidad de ver en pequeño, en un círculo familiar, lo que unas semanas más tarde atraería la atención del mundo deportista, apasionó a los turistas.

Y de eso se hablaba aquella noche. Entre los nombres que se pronunciaban, desconocidos para la mayoría, aparecían los que no hacía mucho ocuparon los lugares de honor en los resultados deportivos, de categoría internacional.

Uno de los que con más admiración se pronunciaban era el de Kery Bardin. A los dieciséis años ya estaba ganando trofeos para su país.

—No debió retirarse. Está en plena forma. Hoy la he visto...

—Yo también. ¡Qué estilo!... En ningún momento descompone la figura. ¡Y qué velocidad!...

Si desde el punto de vista deportivo Kery atraía la atención de todos, como mujer obtenía aún mayor éxito.

Aquella noche bajó a la aldea, para verse con antiguas compañeras de deporte, con las que se había dado cita.

Al saberse en la aldea, los turistas abandonaron los locales para volcarse en el establecimiento donde se habían reunido las deportistas.

El local estaba atestado de público y las muchachas, agobiadas por aquella atención, abreviaron la entrevista, quedando en verse al día siguiente, en «Gruta Blanca», donde se alojaba Kery.

Los coches aguardaban fuera del pueblo. Todas las deportistas tenían su propio automóvil, que conducían ellas mismas, pero casi todas se hacían acompañar de algún conductor del hotel en que se hospedaban.

En un mismo coche salieron tres muchachas italianas. En otro, dos suizas.

Kery era la única francesa que iba a «Gruta Blanca». Ya se habían marchado sus amigas, cuando se quedó de pie, junto al coche, mirando al pueblo, como vacilando en marcharse.

Había bajado con la esperanza de tener un encuentro, muy ajeno

al deporte. Llevaba ya dos semanas en aquella comarca, sola con su padre.

Aldo Belgia se esfumó, apenas llegar a la frontera. Y ya no habían vuelto a tener noticias de él. Menos aún de Gidio.

Kery hizo un brusco movimiento de hombros y volvió la espalda al pueblo. Miró hacia los caminos que en complicados zigzags subían por las nevadas laderas, en busca de los hoteles. Los faros de los coches parecían estar tanteando la blanca corteza, para prenderla en llamas.

Sentado al volante del coche de Kery, estaba el mecánico.

—Conduciré yo.

El hombre, sin apearse, cambió de asiento, después de abrir la portezuela del lado del volante.

Kery se sentó. Llevaba pantalón de esquiar, jersey y gorro. No hacía frío y había mucha luna. De momento, sobraban los faros.

Kery puso el motor en marcha. Pero antes de arrancar encendió un cigarrillo.

En el momento en que surgía la llama del mechero, el mecánico volvió la cabeza, esquivando la luz de la pequeña llama. Kery estaba demasiado abstraída, y no se dio cuenta. Como tampoco tuvo la atención de ofrecer un cigarrillo al conductor, como siempre hacía.

Puso el coche en marcha. Que estaba nerviosa se advirtió por la forma con que succionaba el cigarrillo y por la manera con que arrancó, dando una embestida que instantáneamente amortiguó, para al momento acelerar otra vez, bruscamente.

Con los faros apagados enfiló la cinta de la carretera, en la que había cerradas curvas. Cada vez iba más de prisa.

El silencio en que se mantenía el mecánico suscitó en Kery la idea de asustarlo. En aquellos momentos sentía la necesidad de molestar a alguien.

En tanto el hombre no protestara, iba a hacer toda clase de alardes con el volante, llevando el coche a la máxima velocidad que permitía la cuesta.

Los virajes, por momentos se hacían más peligrosos. Y el hombre seguía callado, inmóvil, con su gorro encasquetado, las orejas cubriéndoles los lados de la cara.

Hubo un momento en que el coche quedó asomándose a un

precipicio. Kery lo hizo retroceder, abrió la portezuela y se apeó.

—¡Es usted valiente... y yo una irresponsable!... ¡Perdóneme y conduzca usted!...

Otra vez, sin apearse, el hombre cambió de asiento.

Momentos después el coche reanudaba la marcha. Al llegar a un cruce de camino, el conductor torció a la izquierda.

Kery estaba en el otro extremo del asiento, otra vez con un cigarrillo en los labios, mirando al perfil de las elevadas montañas que tenía a su derecha. De pronto pareció despertar.

—¡No es éste el camino!...

—Sí lo es —contestó con voz que parecía desfigurada por el tapabocas.

—En todo caso será el camino más largo.

—Pero el más seguro.

Ahora la voz ya no sonó desfigurada. Durante unos momentos Kery permaneció como petrificada, de cara al conductor. Poco a poco fue moviéndose, deslizándose por el largo asiento, acercándose a él.

—¡Gidio!...

—En la guantera hay una pistola y una metralleta. Quizá no haya necesidad de utilizarlas... Su idea de ir con los faros apagados a la velocidad que llevaba, ha sido lo mejor que ha podido ocurrírsele en estas circunstancias...

—¿Por qué? ¡Detenga el coche y explíqueme!...

—Cuando dejemos atrás estos paredones —contestó Gidio.

Mientras ascendían por un camino bordeado de taludes, Gidio explicó que había una sutil red en toda la comarca.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes que ustedes llegaran.

—¿Pero usted espera que Yanqui Johnny aparezca aquí?

—Hace días que está aquí —contestó el agente.

La aparición de Gidio, lo que le decía sobre el *gángster*, tenían a Kery aturdida, por encontradas emociones. Durante unos momentos ambos permanecieron callados.

Kery había quedado muy junta a él. Por momentos sentía deseos

de empequeñecerse, de ovillarse, estrechándose más al cuerpo de aquel hombre que había constituido la tortura de aquellas dos interminables semanas.

—Papá ya está casi bien...

—Lo sé. Lo veo casi todos los días.

Kery soltó una exclamación de sorpresa. Luego se echó a reír.

—Lo habríamos visto. Tanto papá como yo presentíamos que aparecería... Y nos hemos fijado muy bien en todos los que nos rodeaban.

—El equipo de esquiar, con el gorro y las gafas, es una buena máscara...

—¡Para una mirada experta, no caben máscaras!...

—¿De veras?... Todos los días nos hemos cruzado, usted haciendo maravillas sobre la nieve. Yo, borrándome en un grupo de torpes aprendices.

Al primer momento Kery quiso reír, no creyendo lo que Gidio decía. Luego quedó seria, forzando la imaginación para recordar los incidentes de todos los días, hasta los más nimios. Y en ninguna de las figuras con que se había cruzado en sus ejercicios sobre la nieve, conseguía captar un signo que pudiera revelar la personalidad de Gidio.

—¡No es posible!... —Y por si él señalaba lo que acababa de ocurrir en la salida de la aldea, manifestó—: Ahora era distinto. La oscuridad y que yo estaba preocupada, le favorecían...

—Hace tres días usted estuvo a punto de estrellarse contra un árbol, por esquivar a un «torpe» que se había caído, cruzándose en su ruta...

—¡Sí!... ¡De pronto me lo vi delante!...

—Supo virar y tomar otra ruta...

—¡No diga que era usted!...

Gidio se echó a reír.

—¿Quiere que le repita las maldiciones que me dirigió?

Antes de que ella pudiera contestar, Gidio, ya en tono grave, manifestó:

—Había que obligarla a desviarse... Teníamos sospechas de que la estaban esperando en la vertiente que usted había frecuentado los días anteriores. A partir de esa mañana unos cuantos «torpes» invadimos esa vertiente, para que usted renunciara a practicar allí.

Ya estaban saliendo a un camino despejado. Gidio aceleró y cuando estuvieron en sitio donde podían dominar los alrededores, paró el coche.

Se volvió de cara a la muchacha. Ella seguía encogida, ensimismada. El la cogió de los hombros.

—¡Estoy arrepentido de haberla metido en esto!... Les estoy utilizando de cebo... Pero ustedes tienen parte de culpa. Su padre estaba decidido a ir en busca de Johnny... Entendí que era mejor unir nuestra acción...

Ella permanecía callada, los hombros hundidos, como abrumada.

—El departamento me ordenó que fuera con ustedes... Nada se hubiera evitado, con renunciar yo a esta misión. Yanqui Johnny había de buscarles... El guarda un viejo rencor contra su padre...

—¡Lo cree confidente de lo que ocurrió cuando yo aún no había nacido!... ¡Es el peor castigo que han podido aplicarle a papá! ¡Equivocado o no, él siempre ha sido leal con los que han sido sus compañeros!...

—Lo sabemos. Pero la realidad es que su padre constituye la obsesión de Johnny... Más todavía, ahora que todo su poder se ha derrumbado. No cejará hasta enfrentarse con él...

Kery de pronto reaccionó, fieramente.

—¿Y qué esperan para cogerle?

Habían quedado los rostros tan juntos, que casi se rozaban. La luna ponía un brillo inusitado en los ojos de ambos.

—Johnny cuenta con ayuda... El mecánico que llevaba su coche lo hemos detenido en la aldea, simplemente por sospechas de estar relacionado con secuaces de Johnny.

—¿Qué creen que podía hacer?

—Detener el coche en el camino que hemos dejado a la derecha. Un buen rehén para Yanqui Johnny... Su padre hubiera acudido adonde él hubiera querido. Esto es lo que quiero hacerle comprender... No vaya a ninguna parte, como no sea muy acompañada con gente de absoluta confianza.

Iba él a soltarla. Ya había empezado a mover la cabeza hacia atrás, como huyendo la tentación de los labios de la muchacha, cuando ella preguntó:

—¿Qué es lo que en realidad le preocupa, nuestra suerte, o que

su misión fracasase?

—Ustedes y mi misión.

No era la respuesta que Kery esperaba. El advirtió que el cuerpo de Kery se ponía rígido.

—¡No he creído nada de lo que ha dicho! ¡Qué lástima no estar todavía actuando en los campeonatos! ¡Menuda publicidad que un tipo como Yanqui Johnny intentase secuestrarme!... —Rompió a reír.

Pero era una risa llena de irritación. El presionó sobre sus hombros.

—No lo cree... Y por lo tanto, usted va a hacer lo que se le antoje...

—Desde luego.

Le desafiaba, con la cara levantada, en la que se apreciaba una expresión de burla.

Sabía que estaba irresistiblemente bella. El impacto de su hermosura lo advertía en la forma de respirar de Gidio, en la presión de sus manos.

—Como agente, tengo una gran responsabilidad sobre lo que a ti te ocurra —dijo Gidio, tuteándola, con entonación ronca—. Pero como hombre..., «que también tiene su obsesión»..., y en este caso eres tú, no consentiré que Yanqui Johnny se salga con la suya. ¡Vas a obedecerme!... ¡No tendrás más remedio..., porque seré capaz de provocar un accidente, cuando estés esquiando, que te deje imposibilitada para salir del hotel!...

—¡Si lo hicieras...! —En el tono de ella, en el brillo de su mirada, había rebeldía y ruego.

Gidio pegó su boca a la de ella. Durante unos instantes la tuvo fuertemente apretada contra su pecho, sin despegar los labios de los de Kery.

Al soltarse, Gidio colocó las manos sobre el volante y se quedó inmóvil, mirando por el parabrisas, esperando que ella hablara.

—¿Para esto... has inventado lo del secuestre? —empezó ella, tratando de disimular con un tono de burla el aturdimiento que la poseía.

—Si tú lo quieres así...

—Has dicho que eres también «un hombre obsesionado»... ¿Es porque nos guardas un viejo rencor, como Johnny a papá?

—¿Por qué tenía que guardaros rencor?

—Papá me refirió lo que hace años te sucedió en nuestras oficinas.

—No me ocurrió nada.

—Que huiste... Te impuso demasiado la «cuesta» que representaba nuestro nombre —dijo irónicamente—. Sin embargo, no te has inmutado cuando antes me has visto conducir como un ser desquiciado... ¿Me dejas que lleve el volante?

—El coche es tuyo.

Ahora bajó él para rodear el vehículo y subir por el otro lado. Kery necesitaba otra vez la velocidad para calmarse.

Y arrancó, dando la misma embestida que en la aldea. Pero ahora el camino no ofrecía dificultades.

—¡Enciende los faros! —gritó Gidio, al tiempo que se inclinaba a coger la metralleta que llevaba en la guantera.

Kery también había entrevisto algo cruzado en la carretera. Obedeció la voz de Gidio y la luz arrancó de la penumbra la agorera figura de una camioneta, cruzada en la carretera.

Estaban ya casi encima. Gidio se mantuvo callado, para no aturdir a la muchacha.

Ella viró a la izquierda, saliéndose del camino, dando saltos sobre un terreno lleno de pedruscos.

Del otro lado del camino irrumpieron varios disparos. Mientras Kery viraba de nuevo, buscando la carretera, Gidio soltaba unas ráfagas con la metralleta.

Todo tuvo la duración de unos segundos. El coche se deslizaba otra vez sobre la pista.

Ahora iba con los faros encendidos, a menos velocidad que antes de ver el obstáculo. Gidio procedió a reponer la munición que faltaba.

—Sabía que no inventabas nada, Gidio... Pero quería que no te escudaras en el cargo... para preocuparte por mí...

Gidio permanecía muy preocupado. Ella fue disminuyendo la velocidad, hasta que detuvo el coche.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—Ha sucedido algo que no esperaba.

Pasó la mano por el parabrisas y los lados del coche, donde se apreciaban impactos.

—Tiraban a dar...

—¡Claro! —contestó Kery, con una serenidad impresionante.

—Eso es lo que no esperaba, que tiraran contra ti. Eso sólo podía ocurrir... cuando Johnny considerase su misión terminada...

Maquinalmente, había vuelto a cogerla de los hombros para mirarla al rostro de más cerca. Ahora fue ella quien buscó sus labios.

—¡Yo también te quiero... con toda mi alma! —dijo Kery—. ¡Vámonos de aquí!... ¡Papá sólo espera que tú aparezcas, para desistir de su propósito de enfrentarse con ese individuo!...

Advirtió que él parecía como aniquilado por lo que acababa de suceder. Lo veía ausente.

—¿No me escuchas?...

Un sudor frío bañaba la frente de Gidio.

—Creo que he cometido un grave error... al dejar el hotel sin guardia casi... Mi gente está desplegada por ahí, para cortar la retirada a los que suponíamos iban a atacarte...

La muchacha comprendió, y ahogó un grito. Empuñó el volante, dispuesta a arrancar a toda velocidad, hacia el hotel.

—¡Espera!... —dijo Gidio.

Y se puso a manejar los resortes de las luces, apagándolas y encendiéndolas, con intermitencias estudiadas.

—¿Para qué esto? —preguntó, angustiada.

Gidio no se atrevió a decir lo que pensaba: que quizá no sirviera más que para meter a los compañeros en la trampa de la muerte, preparada por Yanqui Johnny.

—Confíemos en que Belgia estaba en lo cierto —dijo Gidio.

—¿Qué quieres decir?

—Que en sus hombres no hay traidores.

Cuando Gidio consideró que ya había hecho suficientes señales, encarando el coche en todas direcciones, se dispuso a reanudar la marcha.

Ella le cedió el volante, porque ahora no se sentía segura, angustiada por lo que podía haber ocurrido a su padre...

CAPÍTULO VII

Cuando «Miles» fue obligado a bajar del *«jeep»*, se vio rodeado de esquiadores, todos vestidos de blanco. El coche se había metido hasta el máximo en la nieve.

Del hotel había sido sacado fácilmente. Primero, dándole un falso aviso, de que su hija le llamaba por teléfono, desde el pueblo.

Al ir a bajar al *hall*, dos individuos le aplicaron el cañón de sendas pistolas a los costados.

—Por la escalera de servicio —ordenó uno de ellos.

«Miles» se sintió en los tiempos de juventud. Recordaba hechos semejantes, referidos por compañeros.

En la parte trasera del hotel aguardaba el *«jeep»*. Y en todo el trayecto, nadie había hablado.

Ahora, frente a una arboleda que destacaba en una vertiente blanca, se veía rodeado por figuras que habían surgido de los árboles, enfundados en ropa blanca.

Sabía que era la muerte, vestida de blanco, la que le salía al encuentro.

—Síganos —ordenó uno de los que se apearon del *«jeep»*.

Hasta ahora, el único que había hablado se había expresado en inglés de acento yanqui.

«Miles» obedeció. No llevaba armas. No llevaba indumentaria para permanecer a la intemperie y el frío empezaba a apoderársele. Las heridas que tenía en distintas partes del cuerpo, despertaban.

Pero era la cicatriz que tenía en un lado de la cara la que más le molestaba. Por momentos el dolor se hacía más insufrible.

La muerte podía presentarse vestida de la forma que mejor le pareciese, pero él no se inmutaría.

Llegaron a una cabaña que se veía entre los árboles. La luz de la ventana destacaba a larga distancia.

Se abrió la puerta y «Miles» fue empujado al interior. Dentro

había solamente un hombre.

Un hombre que al verle dejó de tener las piernas extendidas y se puso de pie. Vestía de blanco, como los de fuera. Se quedó mirándolo unos momentos a la cara. En seguida abrió la puerta y murmuró algo al que estaba de guardia.

Al momento aparecieron tres individuos, de los que vestían de blanco. Se colocaron delante de «Miles», mirándole la cara y mientras dos asentían con movimientos de cabeza, el tercero dijo:

—Es «Miles», seguro.

El padre de Kery ya había reconocido a los tres.

—¿Ya no servís a Belgia?

Los tres esquivaron su mirada y no contestaron. Con el gesto, el que mandaba les ordenó salir.

Apenas se cerró la puerta, dijo:

—Tiembblas, *Reg Kiebel*...

—Es el frío.

—Soy Yanqui Johnny.

El padre de Kery pareció despertar del entumecimiento que se le había apoderado.

—¡Yanqui Johnny!... —Su rostro herido pareció de pronto perder toda huella de dolor, iluminado por una demoníaca alegría —. ¡Al fin!...

Yanqui Johnny había ido retrocediendo, para observarlo mejor.

—¿Al fin, qué? ¿Es que querías verme?

—¡No tienes idea!...

—No será para matarme... —replicó el *gángster*, sabedor de que el otro iba desarmado.

—Por desgracia no estoy en situación de poder hacerlo... Pero voy a tener la satisfacción de escupirte...

Johnny atensó el rostro.

—¡No lo harás!... ¡No te atreverás!... ¡Siendo un niño, me abofeteaste!...

«Miles» quedó suspenso. La alegría que había en su rostro fue borrándose.

—Siendo un niño... ¿Cuándo nos vimos?...

—Te escondiste en mi casa... ¡Y me pegaste!...

«Miles», después de dar unos pasos hacia él, como para verlo mejor, retrocedió, hasta tocar con la espalda la pared de la cabaña.

—El pequeño Johnny —murmuró, muy bajo—. Yanqui Johnny... es aquel pequeño... ¿Por qué me buscas?

—¡Me pegaste!... ¡Nadie ha pegado nunca a Yanqui Johnny!... Los ojos del *gángster* tenían ahora un brillo de acero.

—¿Eso es todo?...

—¡Todo!...

Yanqui Johnny quedó desconcertado, al ver la alegría que de nuevo poseía a su viejo ídolo. Pero la alegría de ahora era más honda que la de antes.

—¿Sólo por eso..., poderoso Yanqui Johnny? ¿Sólo por eso?

Mientras lo decía, iba avanzando hacia el *gángster*. Johnny agudaba, como hipnotizado.

Al llegar a un paso del *gángster*, «Miles» levantó el brazo que tenía sano e hizo que la mano chascara dos veces en el rostro del *gángster*.

—¡Suma a la cuenta estos golpes!...

Y cuando Johnny iba a lanzarse sobre él, «Miles» le volvió la espalda, sin prisas. Esta serenidad terminó de desconcertar al *gángster*.

—¡Quieres morir! —rugió.

—Ya no me importa que ocurra... Me ha torturado la idea de que alguien me creyera confidente de aquel descalabro... ¡Eran las bofetadas al niño Johnny!...

Había vuelto a apoyar la espalda contra la pared de la cabaña, de cara al *gángster*.

—Te pegué..., pegándome a mí mismo... Uno de tus hermanos murió en la refriega con la policía... Y ni una vez lloraste... Ni una vez quisiste que habláramos sobre lo equivocados que tu hermano y yo podíamos haber estado en el enfoque de nuestra vida... Sólo querías crecer, para que yo te utilizara en las futuras acciones... ¡Ahí están mis golpes, Johnny!... ¡En que me vi en tus ojos de niño!... ¿Has pegado tú a muchos?...

Yanqui Johnny permanecía impertérrito, los ojos fríos fijos en «Miles».

—¡He pegado mucho!... ¡Y pronto sabrás cómo golpeo!...

—Golpeas... no para enderezar... Tú no puedes hacerlo... Tus golpes... sólo sirven para formar traidores. Acabo de ver a tres hombres de Belgia... Ya tenías a Brusco de confidente... Aún en el

hampa hay una dignidad...

Ahora Yanqui Johnny no sólo había perdido el color, sino que miraba estrábico por la ira.

—¡Te voy a colgar!... ¡Y tan pronto rompa el día, traeré a tu hija al pie del árbol para que te vea!...

Llamaron en la puerta de la cabaña.

—¿Qué ocurre? —preguntó Johnny.

Contestó la voz que habló a «Miles» en el hotel:

—¡Se acerca gente!...

Yanqui Johnny sacó una pistola ametralladora. Con el gesto le indicó a «Miles» que abriera la puerta y saliera.

El prisionero obedeció, después de dirigirle una lenta y última mirada. Parecía tranquilo, la boca sonriente.

Pese a lo que Yanqui Johnny había creído toda su vida, a aquel hombre lo seguía admirando. Su deseo de acercarse a él era para comprobar si había valido la pena depositar su respeto en un hombre semejante. Se daba cuenta que sí.

—Mi hermano siempre hablaba de tu valor... Reconozco que eres valiente... ¡Pero te odio!... ¡No verás el nuevo día!...

«Miles» ya estaba fuera de la cabaña. Yanqui Johnny se volvió para apagar la luz.

En ese momento prorrumpieron los estallidos. Afuera se oían alaridos y maldiciones, junto con los disparos.

El padre de Kery sólo había tenido tiempo de apartarse de la puerta de la cabaña y dar unos pasos. En seguida se dejó caer, de bruces.

Su ropa destacaba sobre la nieve. Y esa mancha oscura era lo que respetaban las balas.

Disparaban desde detrás de los árboles, figuras que también vestían de blanco. Eran Gidio y Kery. Y los restos de la cuadrilla de Belgia.

Vestían de blanco, hasta llegar a los árboles. Ahora, algunos de ellos se estaban despojando de la envoltura blanca, como para no destacar junto a los árboles.

Los de Yanqui Johnny se esparcían disparando. El aturdimiento les impedía reparar en que los disparos daban una pista que el traje habría podido borrar.

Yanqui Johnny sí había tenido en cuenta que un disparo hecho

desde el interior de la cabaña sería fatal, y se dejó caer de bruces, lanzándose a rastras fuera de la cabaña, para confundirse con la nieve.

A corta distancia veía el cuerpo de «Miles», su silueta oscura. Y avanzó paralelo a él, como buscando su protección.

La conseguía porque los proyectiles silbaban altos, cuando batían aquel sitio.

Yanqui Johnny iba a rebasar a «Miles» cuando sintió la tentación de hacer un único disparo, hacia la cabeza del «ídolo». Así quizá se liberara de una sujeción que había sentido toda su vida.

Pero las cuchillas de luz de varios faros empezaron a tantear la arboleda. En el camino estaban maniobrando varios coches.

Yanqui Johnny decidió seguir arrastrándose, para salir cuanto antes de aquella área.

Cuando los faros del «jeep» que sirvió para el transporte de «Miles» consiguió iluminar la cabaña, vieron el rastro de un cuerpo, perdiéndose en una arboleda.

Gidio y Kery fueron los primeros en lanzarse sobre el cuerpo de «Miles». Entre los dos lo levantaron, apartándolo de la zona iluminada.

Pronto se cercioraron de que no estaba herido. Era el frío, y la debilidad, los que habían contribuido a que quedara sin conocimiento.

A toda marcha lo llevaron al hotel. Gidio esperó hasta que lo vio al cuidado del doctor.

Cuando Kery fue a darse cuenta, había desaparecido.
Dejó una esquila.

«Belgia ha reconocido que tenía traidores. Se va a someter a lo que le mande. Estaremos de regreso para ver la competición de esquí...».

Aldo Belgia se dio cuenta de que tenía traidores cuando ya parecía que no iba a haber remedio.

Antes de que los faros del coche de Kery dieran la señal de alarma, Belgia ya había comprobado que algunos puntos que él dejó con gente suya, estaban abandonados.

Luego, la camioneta cruzada en el camino y los disparos que apreciaron desde lejos...

Cuando Gidio y la muchacha se dirigían al hotel, un subordinado de Belgia ya estaba de regreso, sabedor de que «Miles» había sido sacado en un «jeep».

En la refriega de la cabaña, uno de los traidores cayó en poder de Belgia. Al saberlo Gidio, le hizo jurar al viejo que no lo liquidaría.

—¡A mi tu policía me importa un cuerno!... ¡Nosotros tenemos nuestras normas! —Intentó rebelarse.

—Lo necesitamos —le cortó Gidio.

Una vez instalado «Miles» en el hotel, el prisionero pasó a manos de Gidio. Esto tranquilizó al individuo, creyéndose seguro.

—Depende de que nos hagamos con Yanqui Johnny de aquí al amanecer —de dijo Gidio—. Si para entonces no lo hemos conseguido, te devolveré a Belgia.

Se lanzaron por varias rutas. Toda la noche hubo tiroteo.

En los hoteles y en la aldea, los que entre sueños oyeron disparos, murmuraron:

—Está movida la noche.

Gidio y el prisionero iban a la cabeza de un grupo, Belgia se encargaba de otro. Llevaban raquetas en los pies y todos habían vuelto a vestir de blanco.

—Faltan dos horas para que amanezca —dijo Gidio al prisionero.

—¡Quizá ha caído ya!...

Gidio movió la cabeza, negando.

—Nadie ha dado la señal...

Los disparos seguían en distintas vertientes.

—Tú sabes los escondites de Johnny. El ha podido sostenerse aquí por la protección que los traidores le dabais... Amanecerá pronto.

El individuo se estremeció, como si la ropa ya no le sirviera para defenderse del frío.

Y extendió un brazo, señalando al fondo del valle, en dirección de la aldea.

—Allí se escondía...

Esa vacilación del prisionero fue la que aprovechó Yanqui

Johnny para tomar ventaja a sus enemigos. Consiguió hacerse con el automóvil de un turista, en la misma aldea, y se lanzó en busca de la frontera.

En las proximidades abandonó el coche. Transcurrieron veinticuatro horas sin que se pudiera conseguir un rastro del *gángster*. La policía fronteriza de tres Estados, Francia, Italia y Suiza, empezaron a temer que Yanqui Johnny hubiese conseguido escapar.

El único, quizá, perteneciente a un organismo oficial que permanecía tranquilo, era Gidio. Se limitó a fundirse con la pandilla de Aldo Belgia, como en los días en que iba «Miles» con ellos.

Cada hora que transcurría, ponía más contento al viejo contrabandista y antiguo jefe de «partisanos». Parecía leer en el mismo aire.

—¿Hueles la carroña? —preguntaba a Gidio, un atardecer, cuando desembocaban en un valle en el que se veían esparcidas algunas casitas.

—Yo me limito a leer en tu cara. Lo tenemos cerca...

Y tan cerca. Alcanzaron una carreta cargada de hierba seca, sacada de un granero. El carro lo conducía un hombre viejo. Belgia lo conocía y lo saludó, riendo.

—¡Vamos a dar un vistazo por aquí!... —Y mirando el carro—: Lo llevas cargado como cierta vez...

Entornó los ojos de zorro viejo, sin dejar de reír. Gidio, mientras tanto, iba rodeando el carro, colocándose en la parte posterior.

—¿Te acuerdas? —preguntó Belgia.

El carretero, mortalmente pálido, pero procurando un tono alegre, contestó:

—¡De veras!... A ti y a dos de tu grupo llevé en este carro...

En los haces de la parte posterior se estaba produciendo un boquete. Dentro de la hierba aparecieron dos ojos como dos brasas. Esos ojos vieron a Gidio, a cinco pasos del carro.

—¡Entrégate, Johnny! —gritó Gidio.

Al mismo tiempo se dejaba caer. Asomó el cañón de una metralleta y se produjo una ráfaga, cuyos proyectiles silbaron cada vez más inclinados, buscando el cuerpo de Gidio, que se encontraba de bruces.

Belgia y los que le acompañaban se pusieron a disparar contra los lados del carro. Yanqui Johnny, creyendo haber tocado a Gidio,

hizo la abertura más grande y los haces parecieron exprimirlo, echándolo fuera.

Fue en el momento en que afirmaba los pies en el suelo cuando Gidio se levantó, de un salto, disparando.

La metralleta que empuñaba Yanqui Johnny trazó una rúbrica en lo alto, y se desplomó.

Una hora más tarde, el valle estaba lleno de policías.

—Esto apesta —dijo el viejo contrabandista—. Yo me marcho.

—Y yo —contestó Gidio.

—Dispongo de fondos. Voy a licenciar a los leales. Y a limitarme a vivir. ¿Lo apruebas?

Gidio asintió. Montaron en un coche de la policía y a toda marcha emprendieron el camino de «Gruta Blanca».

Habían prometido estar para presenciar la competición de esquí, pero la mañana en que iba a producirse el torneo, Gidio todavía no había aparecido en «Gruta Blanca».

Todos los turistas que había en la comarca, y multitud de periodistas que habían acudido al saber la competición, se hallaban formando murallas en los puntos estratégicos, por donde tenían que pasar las esquiadoras.

Una de las favoritas era Kery Bardin. Competía en quinto lugar. Ya había salido la tercera competidora, cuando un hombre viejo se acercó a Kery, quien ya estaba a punto de colocarse las gafas mascarilla.

Era Belgia. La muchacha lo abrazó. Y se quedó mirando hacia el valle.

—Ya he visto a tu padre —dijo Belgia—. Se encuentra muy bien... En cuanto a ti, eres la atracción del lugar. Todos esperan que ganes...

—¡Ganaré! —contestó la muchacha.

Cuando le dieron la salida, Kery enfiló la vertiente, sorteando los palos...

En la parte más pronunciada de la vertiente, Kery pareció sufrir un despiste y dio contra un espectador. Los dos rodaron al fondo de una especie de embudo.

Medio cubiertos por la nieve, estrechamente cogidos, ambos, con el gorro echado atrás, se quedaron mirándose.

—¡No hubiera podido ganar, porque hay mejores que yo! —dijo

Kery.

Gidio movió la cabeza, negando.

—Temías que tu triunfo me asustara... Estás equivocada. No pensaba huir...

No se daban cuenta que la multitud estaba rodeando los bordes del embudo y que los fotógrafos no se cansaban de tirar placas...

FIN

**APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION**

Clark Carrados
La hija del
"gangster"



Precio: 7 ptas..

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta...

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos,
Biografías, Infantiles,
Cuentos.

Cada volumen incluye 250
ilustraciones que permiten se-
guir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una
completísima biblioteca juve-
nil para niños y niñas, reco-
mendada por todos los profe-
sores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resis-
tente con sobrecubierta a todo
color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

DICK TURPIN 2



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
318 — Jesús Navarro
DESDE EL FONDO DEL
PASADO

COLEC. "MADREPERLA"
714 — María Morgan
EL MISTERIOSO
SEÑOR MALCOMB

COLECCION "ROSAURA"
658 — M.^a Luisa de la Torre
EL CHICO DEL CORONEL

COLECCION "AMAPOLA"
545 — Corín Tellado
QUERIDA EDITH

COLECCION "ALONDRA"
479 — Mariá Villardefrancos
LAS AGUAS TURBIAS

COLECCION "CAMELIA"
420 — Carlos de Santander
CULPABLE DE AMARTE

COLECCION "CORAL"
94 — Corín Tellado
DESTINO DE AMOR

COLECCION "CORAL"
85 — Corín Tellado
DELICIOSA LOCURA

COLECCION "BISONTE"
759 — Alf. Regaldie
ORGULLO DE CLASE

COLEC. "PUNTO ROJO"
12 — Silver Kane
CEMENTERIOS DE PARIS

Col. "SERVICIO SECRETO"
623 — A. Rolcest
LA MUERTE VISTE
DE BLANCO

COLECCION "BUFALO"
458 — Cliff Bradley
REGRESA UN MUERTO

COLECCION "TEXAS"
324 — M. Lafuente Estefanía
PRIMERO EL "COLT"

COLECCION "COLORADO"
248 — Meadow Castle
SANGRE Y LAGRIMAS

COLECCION "KANSAS"
214 — Clark Carrados
FANTASMAS EN LA
CIUDAD

COLECCION "CALIFORNIA"
303 — Raf Segrram
TRIO DE CANALLAS

Col. "HEROES DEL OESTE"
196 — M. Lafuente Estefanía
LA JUSTICIA POR SU MANO

COL. "ASES DEL OESTE"
166 — Keith Luger
UN "GUN-MAN" BUENO

COLEC. "BRAVO OESTE"
78 — Fidel Prado
CON LA LEY Y CONTRA
LA LEY

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAPIC, Hipólito
Yrigoyen, 648/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 -
BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería
Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Itaceihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosendfeld - Jirón Moquegua, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN.

(Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 -
CARACAS.



**Dean Martin
Anna M^a Alberghetti**

Dean Martin, prestigioso actor, nació en Steubenville, Ohio, el 17 de junio de 1928. Y Anna Maria en Casaro, Italia, el 13 de mayo de 1936. Esta última ha triunfado en el cine gracias a sus dotes de cantante.



EDITORIAL BRUZZONE, S. A.

MORRIS Y CAJA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pes. - Importación en España - Precio: 10 pes.

EDRA

